



REGIÓN DE LOS LAGOS

Crisis del habitar insular

Representaciones, significados y sentimientos de los habitantes del mar interior de Chiloé sobre la crisis sociocultural y productiva de la isla, sus dinámicas presentes e imágenes de futuro.

REGIÓN DE LOS LAGOS

Crisis del habitar insular

Representaciones, significados y sentimientos de los habitantes del mar interior de Chiloé sobre la crisis sociocultural y productiva de la isla, sus dinámicas presentes e imágenes de futuro.

Crisis del habitar insular

Representaciones, significados y sentimientos de los habitantes del mar interior de Chiloé sobre la crisis sociocultural y productiva de la isla, sus dinámicas presentes e imágenes de futuro.

AUTORES:

© Fundación Superación de la Pobreza (FSP), 2016.

Registro de propiedad intelectual N° 277894

ISBN: 978-956-7635-38-2

EDITOR GENERAL Y DIRECTOR DE PROPUESTAS PAÍS

Mauricio Rosenblüth

COORDINADOR DE PROYECTO:

Ricardo Álvarez

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN:

Ricardo Álvarez

Claudia Muñoz

EDITORA:

María José Rubio

DISEÑO:

Carlos Muñoz

FOTOGRAFÍA:

Ricardo Álvarez

Agradecimientos

Esta publicación no hubiese sido posible sin los relatos y experiencias de los habitantes de las islas del archipiélago interior de Chiloé. A todos ellos les dedicamos nuestro más sincero agradecimiento.

Queremos también reconocer los invaluable aportes de Francisco Ther y el equipo interdisciplinario del programa ATLAS de la Universidad de Los Lagos; a los investigadores Daniel Rodríguez, Pablo Loyola, David Núñez y Silvana Arteché; al Servicio de Salud Reloncaví y Chiloé. En especial, a Esteban Figueroa, Marcela Pinto, Fernando Muñoz y Felipe Cárdenas. También a la Quinta Zona Naval y las tripulaciones de los buques Cirujano Videla y Micalvi, quienes en conjunto con el equipo Cornav Austral hicieron posible navegar hacia las islas. En este caso debemos reconocer el apoyo del Comandante en Jefe de la Quinta Zona Naval, Sr. Allan Nettle, y a los Comandantes Carlos Cerda, Domingo Hormazábal y Mario Valenzuela. Y por supuesto a Francisco Torrealba, Felipe Vergara y a Francisco Modinger.

También es importante reconocer el trabajo efectuado por Drago Bartulín y su equipo el año 2004, quienes bajo la lluvia, y muchas veces con puertos cerrados, navegaron estas islas recabando información que hoy en día comienza a cobrar un enorme valor histórico y documental por su colosal volumen. Finalmente, también deseamos incluir en estos agradecimientos al equipo regional de nuestra Fundación: Gabriela Lizama, encargada del área de jóvenes; Patricio Contreras, Carolina Negrón y Pedro Segura, Jefes Territoriales del programa Servicio País; y Carol Soto, secretaria regional. Asimismo a Brian McGregor y Paula Álvarez, estudiantes de Antropología de la Universidad Austral de Chile.

Índice

■ PRESENTACIÓN	7
■ INTRODUCCIÓN	10
■ METODOLOGÍA	17
■ DIMENSIONANDO EL PAISAJE INSULAR: ¿POR QUÉ ES NECESARIO REMIRAR A LAS ISLAS DESDE OTRA PERSPECTIVA?	25
■ LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DEL MODELO CONSUEUDINARIO Y SU ESCENIFICACIÓN EN EL PAISAJE INSULAR. PRIMERAS REFLEXIONES EN TORNO A AISLAMIENTO, FUGA, ASFIXIA, ENAJENACIÓN Y POBREZA	30
■ ECONOMÍAS FAMILIARES ACTUALES Y LA DIVERSIDAD DE RESPUESTAS ANTE LOS SINIESTROS Y ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES	50
■ REFLEXIONES EN TORNO A LA CONSTRUCCIÓN DE UN IMAGINARIO DE BIENESTAR: LOS ATRIBUTOS QUE TENSIONAN SU REALIZACIÓN EN LAS ISLAS	66
■ LAS ESTRATEGIAS: QUEDARSE, IRSE, E IRSE Y REGRESAR	89
■ REFLEXIONES FINALES: POR QUÉ INSISTIR EN HABITAR LAS ISLAS	100
■ BIBLIOGRAFÍA	108

Presentación

Me complace presentar nuestro primer estudio regional, denominado “Crisis del habitar insular”. Esta investigación fue desarrollada por el área de Propuestas País de la Fundación, en la región de Los Lagos.

Con este informe de resultados generales, tenemos la firme intención de promover una discusión en el seno de la sociedad regional sobre la profundidad de los cambios y transformaciones que han afectado la vida de los habitantes de las islas menores que pueblan nuestro mar interior y que le han dado un sello y carácter único al paisaje natural, productivo y cultural de esta particular zona.

Este documento contiene reflexiones que fueron levantadas en colaboración con familias isleñas, investigadores, funcionarios públicos y académicos; incluso niños, quienes plasmaron sus visiones insulares a través de cartografías participativas.

A lo largo de estas páginas se puede corroborar que las islas no son homogéneas ni estáticas. Por el contrario, son el escenario de realidades culturales y productivas diversas, activas, dinámicas y resilientes a las transformaciones que ocurren en el continente y en la Isla Grande de Chiloé. Son relato de un modelo de vida, de larga data, que resiste con dificultad las fuerzas extractivas y competitivas que han provocado las actuales crisis socio-ambientales que afectan al país. ¿Por qué es importante referirnos a esta forma de vida?, porque ha sido devaluada, invisibilizada e incluso sancionada. Lo paradójico es que, a pesar de todo ello, permite a quienes la resguardan, mantener una vida parcialmente autónoma, patrimonio humano cada vez más difícil de encontrar en la actualidad.

Este estudio reúne información primaria y secundaria que permite estimular una re-mirada sobre las islas para reflexionar si ha sido correcto sólo referirse a ellas como “aisladas”, “carentes”, “precarias” o “anacrónicas”, entre muchos otros términos. Al parecer se han visibilizado con mayor frecuencia los aspectos ne-

gativos de las islas, olvidando sus tenencias y recursos. Las familias isleñas, tras décadas de este ejercicio unilateral y con prejuicios, han comenzado a hacer invisibles sus propios patrimonios en pro de alcanzar una idea de bienestar que bajo esta dinámica se vuelve externa, sólo posible de adquirirse en las ciudades, migrando desde sus islas de origen. Es allí donde incluso la educación insular —como medio de superación de las limitaciones admitidas por sus habitantes— se transforma, paradójicamente, en un acelerador de fuga de las nuevas generaciones para no volver más a sus lugares de origen. Los niños y niñas de las islas escuchan, desde su primera infancia, advertencias que básicamente señalan que “para ser feliz te tienes que ir de aquí”, o “para ser alguien en la vida te tienes que ir de aquí”.

Es necesario reenfocar la mirada y la acción en estas islas desde quienes diseñan y aplican las políticas públicas. Y por sobre todo, volver a legitimar la construcción colectiva y promocional de “bienestar”, de un “buen vivir” que va más allá de la búsqueda de “tenencias” y ejercicios individuales para resolver problemas que son, por el contrario, comunitarios. Es necesario volver a legitimar la asociatividad en la resolución de conflictos y sinietros, apelando a los conocimientos y regulaciones que permitieron a estas sociedades insulares habitar espacios que consideramos, desde fuera, tan difíciles.

Dejamos a ustedes este estudio para que sea analizado, criticado y observado, pues sin lugar a dudas la vida, experiencias y prácticas de los y las isleñas enriquecerán nuestro proyecto de vida nacional a largo plazo.

Claudia Muñoz Moreira
Directora Región de Los Lagos



Introducción

En las islas del mar interior de Chiloé (que considera las provincias de Llanquihue, Chiloé y Palena) (Figura 1) se está desarrollando un rápido proceso de transformación sociocultural, que afecta significativamente las necesidades existenciales¹ y axiológicas² de sus habitantes (Max-Neef et al, 1993).

Estas necesidades son fundamentales para concebir una idea de bienestar y calidad de vida³ a alcanzar, incluso como imaginario⁴, a cuyo propósito se movilizan individual, familiar y/o colectivamente. Esto tiene una especial relevancia hoy en día ya que hemos constatado que ambos conceptos han trasladado su “residencia” desde la ruralidad insular hacia las urbes de la Isla Grande de Chiloé y el continente. El resultado final, lamentablemente, acrecienta la velocidad de migración: “(...) *todos los años se va gente y no vuelve casi nadie*” (**hombre, isla Quehui, focus group 2016**).

Este cambio se debe a una transición acelerada desde un modelo histórico de vida consuetudinario (Skewes et. al, 2012 y Álvarez y Ther, 2016a), fuertemente basado en un “nosotros” y la auto-satisfacción de necesidades a través del ejercicio colectivo (vigente hasta finales de la década de 1970); a una modernidad que privilegia la solución individual de necesidades a través de la competitividad entre personas y comunidades para transformar la naturaleza local en dividendos, a través de lo cual se espera alcanzar el bienestar.

1 Necesidad de ser, tener, hacer y estar. Ver Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn 1993: 58-59.

2 Necesidades de subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad. Ver Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn 1993: 58-59.

3 La calidad de vida dependerá de las posibilidades que tengan las personas de satisfacer adecuadamente sus necesidades fundamentales (existenciales y axiológicas). Ver Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn 1986: 38.

4 Ver Canclini, 2007.

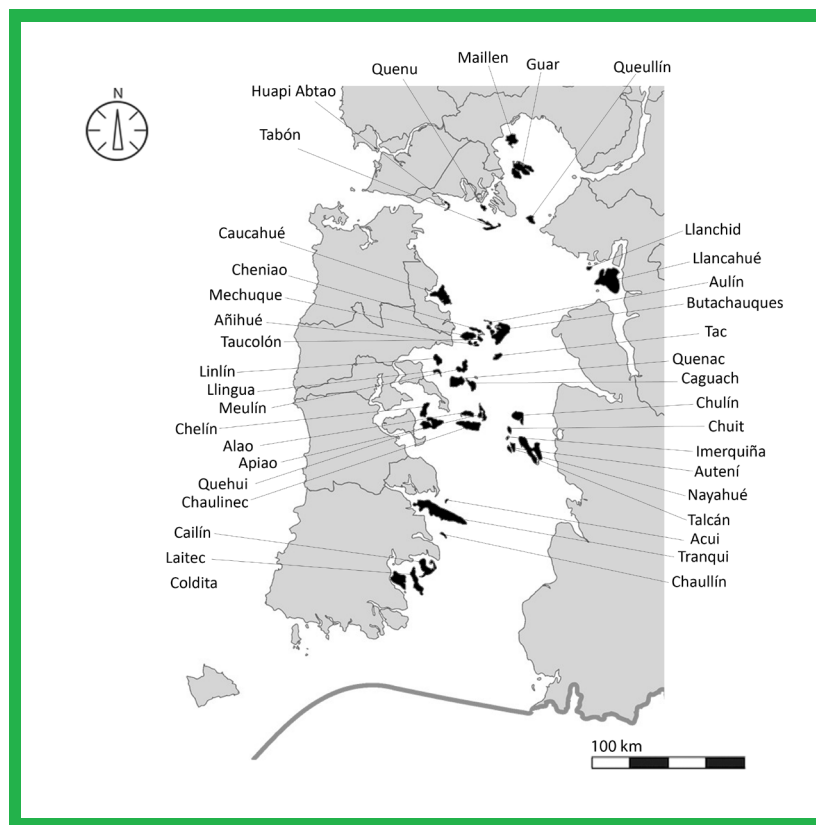


Figura 1: archipiélago de la región de los lagos, más conocido como archipiélago de Chiloé o mar interior de Chiloé, y las islas involucradas en este estudio regional 2016. fuente: elaboración propia.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos Subdere, 2012.

Esto es complejo, porque en el contexto actual de desarrollo es difícil de lograr, y más bien estos dividendos se fugan hacia el centro del país, bajo una dinámica constante en la que “(...) **los recursos no están donde están los dividendos, ni los dividendos donde se los necesitan**” (Skewes, 2012)⁵; y por otro lado, porque comienza a evaluarse el “logro” de los individuos y comunidades sobre la base de cuánto dinero son capaces de apalancar, aunque ello implique poner en riesgo sus propios espacios de vida y su tejido social.

Si intentamos asociar de alguna forma los ingresos autónomos familiares que describen a la población a escala nacional y regional, con lo que ocurre en las islas (Figura 2), surge una imagen tremendamente disímil: en el mar interior las familias generan la mitad de los ingresos que caracterizan a la región, y apenas un tercio de lo que se logra a nivel nacional. Pero la comparación sirve de referente para poder reflexionar sobre lo paradójico que resulta que desde estos lugares se produzca una significativa riqueza para el país (por ejemplo, si consideramos la industria acuícola), pero que ésta no se advierta en sus habitantes. Por el contrario, el promedio imputado que se observa es una de las razones que explican la alta migración sin retorno de sus habitantes, quienes consideran que fuera del archipiélago, y por sobre todo en las ciudades, sí existe la posibilidad de hacerse de un ingreso mayor.

⁵ <http://antropologia.uahurtado.cl/2012/05/una-mirada-a-la-desigualdad-regional/> (Visitado en octubre 2014).

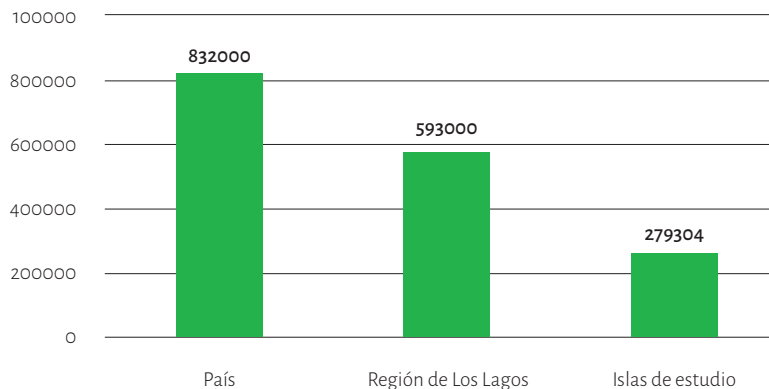


Figura 2: Ingresos autónomo promedio del hogar nacional y regional (Casen 2015) y promedio asociado a las islas de estudio (Simce, 2015). Si bien las fuentes (Casen y Simce) no son estrictamente comparables, permiten hacerse una idea sobre lo que ocurre en micro territorios que no son descritos por la Casen. Al discutir el promedio insular que se expone en este gráfico con las familias isleñas, éstas coinciden mayoritariamente que los representa.

Pero para mejorar los ingresos es necesario adquirir formación técnico/profesional (con el fin de competir por mejores salarios), y endeudarse, ya que este imaginario moderno de bienestar está fuertemente mediado por cuanto la “(...) *población aspira a participar, por el consumo, de la modernidad global*” (Mansilla, 2007: 675). También incide la pérdida del control que poseían los isleños sobre sus espacios de vida (terrestre, intermareal y marítimo), y la invalidación de los procedimientos que aplicaban para aprovecharlos (las que privilegiaban un acceso equitativo a recursos y lugares de recolección y captura). Un ejemplo sustantivo, que puede ser señalado como siniestro, fue la implementación de la Ley de Pesca y Acuicultura de 1991⁶, la que permitió la privatización de cuerpos de agua segregando con ello los espacios de pesca tradicional en favor de balsas jaulas salmoneras.

⁶ N° 18.892

Por supuesto, estas transformaciones no son un fenómeno particular a estas islas, pues está ocurriendo en todo el globo. El valor que adquiere el modelo consuetudinario isleño en este escenario es que, a pesar de que actualmente esté fragmentado y debilitado, posee cualidades que deberían llamarnos la atención en un contexto en el que las crisis socio-ambientales y los conflictos entre usuarios del borde costero y mar se agudizan. ¿Por qué razón es importante?, porque silenciosamente permitió, durante siglos, sostener a sus habitantes en un entorno que les exigió agudizar sus estrategias de vida sin afectar el medio ambiente. Esto explica la fortaleza de sus acuerdos, regulaciones y modos de organización históricas.

Ante ello surge la pregunta: ¿es posible visibilizar al modelo consuetudinario como una oportunidad? Por supuesto que sí. Pero surgen dificultades que van más allá de su mera re-actualización: las familias isleñas han adquirido una noción negativa hacia éste después de tantos años de escuchar de parte de sus autoridades, parientes urbanos, medios de prensa, propaganda, etc., adjetivos que lo devalúan constantemente. Es más, el modelo de desarrollo imperante se sustenta en una racionalidad científica⁷ que constantemente destituye la legitimidad de aquellos modos de pensar y hacer que no son “científicos” (como el conocimiento tradicional campesino, de los Pueblos Originarios, y el propio modelo isleño). Esto es una controversia (Latour, 1999) que debe ser abordada responsablemente, pues a pesar de que se le devalúe, este modelo tiene a su favor, como validador, varios siglos de aplicación sin incidentes socio-ambientales que se le puedan atribuir; mientras que la sobre-explotación de especies, eutrofización del mar y conflictos constantes entre humanos, ponen en cuestionamiento a la racionalidad científica y su aplicación en los modos de explotación hacia los que avanza el mar interior de Chiloé.

⁷ No por nada genera tanta competencia por parte de los centros de estudio, formar profesionales y conseguir fondos de investigación aplicada en este rubro.

Si no se interviene el imaginario de bienestar que asigna a las islas como espacios donde es imposible “ser feliz”, “hacerse de logros”, “cumplir las metas”, etc., lo más probable es que tal como señalan sus habitantes, dentro de muy poco sólo haya escuelas desiertas y, con ello, islas sin habitantes.

Este documento se organizará sobre la base de problematizar:

- (i) La caracterización del modelo consuetudinario isleño y cómo ha interactuado históricamente frente a siniestros⁸ de alto impacto territorial, a veces sorteándolos y aprovechándolos como oportunidades; y otras (como es el caso actual), reaccionando de forma traumática bajo la modalidad de fuga o abandono de las islas.
- (ii) La diversidad que manifiestan estas islas entre sí y las diversas interacciones que establecen con la modernidad, rompiendo con ello el prejuicio de homogeneidad que las describe exógenamente, lo que entre otros aspectos ha impedido una adecuada implementación de políticas públicas en ellas. Esta diversidad de morfologías y respuestas demuestra una capacidad de resiliencia significativa, que cuestiona también el juicio que las devalúa por tratarse supuestamente de sociedades y lugares anacrónicos y lentos, incapaces de interactuar con el nuevo milenio, o mono-específicos, al designar que sus habitantes son arquetípicamente o agricultores, o pescadores, o recolectores de algas, etc. en lugar de considerar que se trata de decisiones familiares y dinámicas de trabajo y acción que cada familia escoge en la medida que surgen nuevas oportunidades.
- (iii) La forma en la que intervienen conceptos como “trabajo”, “aislamiento”, “pobreza” y “carencia” (entre otros) en la construcción de imaginarios de bienestar insular, sobre todo si se considera que muchas veces la carga negativa que los significa proviene de discursos externos (institucionales y no institucionales), que atacan aquellos aspectos que son contrarios a la racionalidad occidental asociada al modelo económico imperante y la globalidad.

⁸ Eventos inesperados que alteran negativamente la vida de personas, familias o comunidades completas. No se trata de eventos naturales, sino también de cambios en la naturaleza de las relaciones sociales que obstaculizan la libre decisión y acción de poblaciones sobre sus espacios de vida (Katzman y Filgueira 1999, Filgueira, 2001, y Licha et. al 2005).

Un detonante crucial en este fenómeno proviene del currículum educacional, que promulga la “realización” personal fuera de los espacios isleños. Es importante esta reflexión pues estos conceptos gatillan estrategias de migración, estrategias de permanencia, y estrategias de fuga con retorno; las que ocurren en paralelo a la transformación sociocultural manifestada.

- (iv) La resiliencia de las familias isleñas y el valor que ello tiene, que podría provocar un cambio paradigmático de las islas como espacios en los que es posible lograr un buen vivir. Pero para ello, es importante involucrar a los gobiernos locales, provinciales y al regional para que evalúen la forma en la que son aplicadas las políticas públicas y focalizadas en sus habitantes.

Secando luga utilizando trineo “virloche”. Isla Chuit, grupo Desertores. Fotografía: Ricardo Álvarez 2016.

METODOLOGÍA



Para el desarrollo de este estudio regional se aplicaron entrevistas semiestructuradas, focus group y cartografías participativas en 14 islas pertenecientes a las provincias de Llanquihue, Chiloé y Palena⁹ (Figura 3). Estos ejercicios de levantamiento de información involucraron a 113 vecinos, docentes rurales y paramédicos rurales (Figuras 4 a 7)¹⁰.

Este levantamiento de antecedentes primarios se logró gracias al apoyo de los servicios de salud de Reloncaví y Chiloé, y de la Quinta Zona Naval de la Armada de Chile (buques PMD74 Cirujano Videla, PSG Micalvi), y Cornav Austral.

Además de ello, se aplicaron entrevistas semi estructuradas tanto en el continente como en la Isla Grande, con el propósito de conocer la evaluación de académicos y funcionarios públicos respecto a la vida insular, y la visión de personas que migraron desde sus islas de origen.

Finalmente, se tuvo acceso a bases de datos etnográficas y estadísticas insulares, principalmente a la “Encuesta de suministro eléctrico” levantada el año 2004 por la Comisión Nacional de Energía-PNUD (en adelante CNE-PNUD 2004), y la base etnográfica insular generada en el marco de implementación del proyecto Fondecyt 1121204 “Geoantropología de los imaginarios del mar interior de Chiloé: itinerarios de temporalidades y apropiaciones socioculturales marítimas” del programa ATLAS, Universidad de Los Lagos (en adelante, Fondecyt 1121204), lo que nos permitió integrar en los análisis globales a casi la totalidad de las islas menores habitadas de la región, lo que comprende a 4.428 jefes de hogar de 40 islas del mar interior.

⁹ Maillen, Guar, Quenu, Huapi Abtao, Tabón, Tac, Caguach, Linlín, Chaulinec, Chulín, Chuit, Autení (o Ahullíñi), Nayahué y Talcán.

¹⁰ Las cartografías han sido transformadas en pósters (15.000 X 8.348 píxeles), los que serán entregados a postas y escuelas insulares.



Figura 3: islas en las que se aplicó entrevistas en profundidad, focus group y cartografías participativas. fuente: elaboración propia.



Imagen 1: Niño de isla Chuit agregando sus conocimientos, adquiridos en el seno de su familia, a una cartografía participativa. Horas más tarde sus padres integrarían sus propios saberes a este mismo mapa. **Fotografía: Paula Álvarez, 2016.**



Imagen 2: Ejercicio de cartografía participativa en isla Quehui. **Fotografía: equipo Servicio País 2016.**



Imagen 3: Focus group en isla Huapi Abtao, dentro de la sede social que sirve de posta rural.
Fotografía: Felipe Cárdenas, 2016.



Imagen 4: Personas de isla Nayahué quienes participaron en el desarrollo en un focus group, entrevistas en profundidad y cartografía participativa. Fotografía: Ricardo Álvarez, 2016.



Imagen 5: Personas de isla Quenu durante el desarrollo de focus group, cartografía participativa y entrevistas en profundidad.



Imagen 6: Buque PMD Cirujano Videla, perteneciente a la Quinta Zona Naval de la Armada de Chile, que permitió, junto al Servicio de Salud Reloncaví y Servicio de Salud Chiloé, realizar estos levantamientos de información primaria.

Fotografía: Ricardo Álvarez, 2016.



Imagen 7: Desembarcando en isla Chaulinec junto al equipo médico rural del Servicio de Salud Chiloé.



Imagen 8: Curanto en hoyo ofrecido por la comunidad local en isla Talcán tras las actividades del día. **Fotografías: Ricardo Álvarez, 2016.**



Figura 4: ejemplo de una de las 14 cartografías participativas (isla Quenu). Fuente: elaboración propia.

Plantación de papas en isla Nayahué, grupo Desertores. Fotografía: Ricardo Álvarez 2016.

**DIMENSIONANDO EL PAISAJE INSULAR:
¿POR QUÉ ES NECESARIO REMIRAR A LAS
ISLAS DESDE OTRA PERSPECTIVA?**

El archipiélago de la región de Los Lagos es el primer gran quiebre geográfico, desde el norte hacia el sur, en la lineal silueta de nuestro continente. A partir del seno de Reloncaví ($41^{\circ}28'21.43''S$ / $72^{\circ}56'16.67''O$), y hasta el golfo de Corcovado ($43^{\circ}37'29.51''S$ / $73^{\circ}53'25.96''O$), contiene al menos cuatro grandes islas habitadas, al menos 44 islas menores habitadas, y más de 50 islas e islotes deshabitados, lo que da un total de casi una centena de cuerpos insulares. En ellos viven al menos 27.000 personas¹¹, en un poco más de 1.500 hectáreas. Se trata de un paisaje bajo (imagen 9) que engaña a quien se las representa previamente a través de una carta náutica, pues si bien en ésta las distancias entre ellas parecen mínimas, al estar dentro de estos canales su dimensión se magnifica, más si se toma en cuenta su constante transformación, por los cambios de luminosidad, nubosidad, oleaje, y el despliegue y repliegue de extensas áreas inter-mareales debido a los cambios de mareas y corrientes que giran de sentido constantemente.



Imagen 9: Paisaje habitual en el mar interior de Chiloé con islas bajas y rectilíneas.

¹¹ Fondecyt 1121204

Es crucial la perspectiva con la que se observe este archipiélago, ya que usualmente se tiende a minimizar los detalles geográficos midiendo el espacio de “norte a sur” y de “este a oeste”, como si se tratase en realidad de una porción continental, una suerte de plano cuadrado que se recorta sin miramientos sobre los detalles que contiene (Fig. 5a). Pero si se visibiliza la irregularidad de sus costas, reconociendo sus recovecos, se devela de una simultaneidad de paisajes que explican la alta diversidad de estrategias de vida que manifiestan sus habitantes en pequeños espacios litorales, por lo que la dimensión del territorio, o maritorio¹², cambia notoriamente (Fig. 5b)

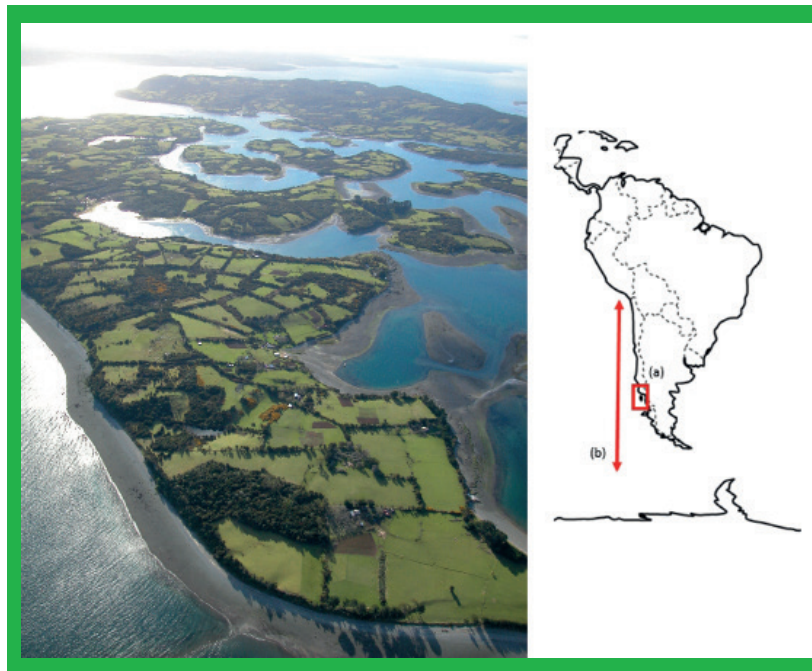


Figura 5 (a y b): ¿Cómo relevar la importancia del mar interior de Chiloé si no es dando cuenta de su bordemar? Medir a las islas de manera tradicional (norte-sur/este-oeste) (a) invisibiliza la enorme diversidad de paisajes que contiene, la que se transfiere en una alta diversidad ambiental y cultural (b).

¹² Término que nace desde la arquitectura hace más de 40 años con el propósito de intentar comprender las complejidades de esta habitabilidad en el bordemar (Escuela de arquitectura UCV, 1971).

Es así como se presentan dos perspectivas, considerando a la región como referente:

- (i) De forma tradicional, de acuerdo a su extensión “norte/sur” y “este/oeste” máxima, con lo que el resultado se aproxima a los 380 km de largo, y alrededor de 200 km de ancho. Bajo este prisma, esta región archipelágica apenas representa un décimo del territorio continental.
- (ii) Pero si se mide su silueta irregular de bordemar, aquella que caminan, navegan y habitan los isleños, el resultado es de 4.600 kilómetros lineales de costa¹³. Esto equivale a tomar un avión en la ciudad de Arica y aterrizar en mitad del mar de Drake, a tan sólo 400 km de la base Frei en la Antártica. La suma lineal del borde costero exclusivamente insular¹⁴ es de aproximadamente 2.900 km¹⁵. Si se saca de esta sumatoria a la Isla Grande de Chiloé, que por sí sola representa 1.345 km lineales¹⁶, la cifra sigue siendo muy considerable: 1.557 km lineales¹⁷. Es en ese maritorio, lleno de bahías, acantilados y displays, el que se busca representar en este estudio.

El problema para resaltar esta enorme dimensión geográfica radica en que las islas de la región de Los Lagos han sido referidas frecuentemente como porcentajes dentro de contextos regionales, provinciales y a lo más, comunales. Esto implica que sus habitantes, economías, sus carencias y patrimonios, se diluyen en cifras que hacen prácticamente imposible hablar objetivamente sobre ellas, y menos aún proponer estrategias de intervención adecuadas. Dicho de otro modo: desaparecen del mapa regional de problemáticas que orienta la aplicación de políticas públicas, y se invisibilizan como parte de cuerpos mayores, como la Isla Grande de Chiloé y el continente. Es paradójico considerar, por ejemplo, que isla

¹³ En base a Secretaría Técnica de Borde Costero 2008 y proyecto Fondecyt 1121204.

¹⁴ Restando por tanto la porción continental y sólo incluyendo a la Isla Grande de Chiloé y sus islas menores.

¹⁵ Si buscamos referentes, es algo así como despegar desde Arica y aterrizar en el puerto de Puyuhuapi, en la región de Aysén. Fondecyt 1121204

¹⁶ Fondecyt 1121204

¹⁷ Algo así como despegar desde la ciudad de Arica y aterrizar en el puerto de Papudo, en la región de Valparaíso. Fondecyt 1121204

Tenglo, separada por tan sólo 150 metros de la ciudad de Puerto Montt¹⁸, no posee alcantarillado ni conectividad, y tiene serias brechas de bienestar en forma generalizada.

Es necesario, sin embargo, reconocer que este problema se arrastra desde los inicios de la conquista¹⁹, pues siempre se habló de esta zona de manera vaga y lejana. Los censos de su población eran difíciles por la dispersión. Sus costas archipelágicas confundían a los cartógrafos y con frecuencia los viajeros y autoridades hablaban sobre este lugar concluyendo que era inexplicable que sus habitantes siguiesen resistiendo una vida de “penurias” y “aislamientos” tan severos en comparación con el resto de las colonias del continente. De hecho, durante los primeros siglos, la propia corona española impidió que sus colonos se fugasen a tierra firme so pena de fuertes sanciones y amenaza de presidio. Es en ese tiempo del mar interior cuando surgen los primeros imaginarios²⁰ (Canclini, 2007) de un bienestar inalcanzable y lejano, cuyo centro se iniciaba simbólicamente al escapar de este archipiélago, fenómeno que persiste discursivamente en la actualidad y en el que ahondaremos más adelante. Esto no omite que las propias islas fueron y siguen siendo limitadas espacialmente, lo que siempre tensionó a las nuevas generaciones que advertían la falta de espacio para iniciar una familia propia: “Cuando los mozos llegan a la edad viril i se despiertan en ello lejitimas ambiciones... ¿qué harán? Uno solo sucederá a su padre en la ‘posesión’, los demás emigran” (N. Palacios citado por Salazar, G. 2015: 175).

Debido a lo anterior creemos necesario desarrollar un pequeño capítulo tendiente a comprender cómo se gestó y fortaleció el modelo isleño y sus manifestaciones, pues son las que explican buena parte del paisaje y comportamiento humano actual de las islas de este estudio.

¹⁸ Comuna número 294 del ránking nacional de aislamiento (Subdere 2008)

¹⁹ Urbina, R. 1983, 1988; Urbina, X. 2009, Álvarez y Ther (b) 2016.

²⁰ *“La noción de imaginarios remite más a aspectos donde lo real, lo objetivo, lo observable es menos significativo. Reconoce más fuertemente el carácter imaginado. Estamos frente a un proceso de fundamentación y reconstrucción incesante del objeto”* (pp. 99).



**LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DEL MODELO
CONSUEUDINARIO Y SU ESCENIFICACIÓN
EN EL PAISAJE INSULAR. REFLEXIONES EN
TORNO A AISLAMIENTO, FUGA, ASFIXIA,
ENAJENACIÓN Y POBREZA**

Estas reflexiones dan cuenta del complejo proceso de construcción colectiva del modelo consuetudinario, a partir de algunos atributos que son referidos por las familias insulares.

Aislamiento

El concepto de aislamiento es extremadamente complejo y relativo. Por sobre todo, pareciera ser que el estigma que carga hoy en día en nuestro país (y que detona ejercicios de inequidad en islas y territorios lejanos a los centros administrativos nacionales) es resultado de una racionalidad que se remonta a los primeros tiempos de la conquista y la colonia. Antes de ello, en tiempos precolombinos, la periferia era un elemento que ocurría inversamente: cada Pueblo Originario era su propio centro, y la periferia ocurría respecto a otros, lo que generaba un mapa de múltiples periferias y múltiples centros (valga la redundancia) basados en identidades.

Pero dicha percepción cambió tras el arribo europeo, y la situación de habitar islas, que permanecían meses y años sin contacto con el resto de las colonias, marcó fuertemente la construcción de la nueva identidad mestiza como “aislada”, “carente de participación” (de lo que estaba ocurriendo en Chile y América), y por sobre todo “periférica”, sin acceso a los beneficios que gozaban quienes habitaban Lima, Santiago, Concepción o Valdivia, entre otros lugares interconectados regularmente. Los nuevos habitantes insulares se volcaron, en una experiencia traumática para la población wíliche, hacia el comercio humano (siglo XVI) y la aplicación de trabajos forzados llamados “encomiendas” (hasta el siglo XVIII) como parte esencial de su nueva estructura de oportunidades archipelágica.

El modelo consuetudinario surgió en dicho período, sobre todo tras la abolición de la encomienda, como parte de un intenso proceso de mestizaje interno que obligó a reformular las estrategias de supervivencia que traía cada población: la externa y la interna. Fue una fórmula práctica para aprovechar la generosa naturaleza de las islas utilizando los escasos medios

materiales que poseían²¹, asumiendo que el aislamiento, como perjuicio, era parte integral de habitar en este lugar. Las transformaciones tecnológicas que ocurrían en el resto del globo llegaban atemporalmente, y difícilmente tenían aplicación bajo las condiciones climáticas locales. Los isleños iniciaron entonces la elaboración de procedimientos consentidos colectivamente para acceder a los entornos boscosos, inter-mareales y marítimos, buscando privilegiar el acceso equitativo a éstos ya que de otra forma los conflictos en estos espacios reducidos habrían puesto en riesgo la propia vida de las familias.

Este protocolo se nutrió de aspectos cosmogónicos de ambos mundos, poblando el actuar colectivo con tabúes y creencias que regulaban el habitar basado en la existencia de una equivalencia simbólica de fuerzas entre humanos y no humanos. De esta forma, generar trastornos en la naturaleza repercutía especularmente en las comunidades costeras, y viceversa. Simultáneamente, lo festivo se integró activamente al modelo consuetudinario con el fin de afianzar los vínculos de sus habitantes de forma recurrente. Las fiestas religiosas lograron éxito debido a ello. La minga, como ejercicio colectivo basado en el intercambio de fuerzas, representa con creces este aspecto, y da cuenta del valor del ocio en este modelo, pues era el tiempo personal el que se ofrecía a otros. Con ello, se visibiliza la libertad como valor implícito en este habitar, sin la cual habría sido imposible obsequiarse para el bienestar de otros. Esto no implica que no existiese una noción de propiedad privada: el uso de “corrales de pesca”²², adscritos a determinadas familias, les permitía hacerse de abundantes peces sin mayores esfuerzos. Pero existían tabúes que los estimulaban a distribuir las capturas con el resto de las familias adyacentes. Y si la pesca había sido excepcional, incluso salían a avisar a todos los vecinos de la isla para que entrasen a su propio corral a sacar pescados.

²¹ Existen múltiples ejemplos de la falta de materiales indispensables que obligó a los chilotes a ingeniárselas con lo que tenían a su alrededor. De hecho, un naufragio era inmediatamente despojado incluso de los clavos por el enorme valor que poseían, transformándose en herramientas de múltiples usos. La recreación de artefactos en madera, imitando a los originales de hierro, motivó que se les atribuyese un carácter arcaico y negligente. Sin embargo, algunos los defendían de este prejuicio: “Si ellos estuvieran proveídos de quanto es necesario para estos, y otros ministerios, y no se aplicaran al trabajo, podría con razón culpárseles de omisos, y desidiosos: pero si todo les falta, ¿á qué podrán aplicarse? (Gonzales de Agüero, P. 1791. Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé, en el Reyno de Chile y Obispado de la Concepción. Imprenta de don Benito Cano, Pp. 116).

²² Sistema precolombino de pesca basado en cercos de piedras o varas que encerraban a los peces al bajar la marea y que estuvo vigente en el mar interior de Chiloé hasta la década de los '70. Hoy en día sus restos materiales son visibles en todas las costas del mar interior.

A fines del XVIII se constata ya una dispersión poblacional costera, muy propia de los siglos posteriores, con una baja densidad habitacional establecida principalmente en un eje norte sur inmediato a la Isla Grande de Chiloé. ¿Por qué es importante este aspecto?, porque da cuenta del paisaje insular actual (Imagen 10).



Imagen 10: Paisaje insular de isla Apiao, comuna de Quinchao. En ella se observa un modo particular de establecer predios agrícolas y ganaderos (micro-parcelación), configuración que se traslada al inter-mareal a través de un sistema de corrales de pesca (izquierda abajo). Imagen: Drago Bartulín 2004.

A partir de este siglo la corona española enfatizó la necesidad de proyectar asentamientos en las islas del mar interior por razones político territoriales, lo que provocó la presión de estos habitantes hacia los recursos inmediatos, reforzando con ello el modelo referido y un tejido festivo-cosmogónico interno para resguardar la convivencia interna y entre islas. También, establecieron una presión constante sobre los bosques de alerce continentales para comerciar. La conformación de estos pequeños poblados sigue siendo constante en todas las islas y se basa en una iglesia o capilla, enfrente de la cual se establece una explanada para el desarrollo de las fiestas religiosas, y en torno a la cual se organizan las viviendas, una rampa o muelle (“rampla” según el uso local), y desde la cual surgen caminos hacia el interior (Imagen 11). Es excepcional que el eje de dicho poblamiento antiguo siga hoy en día vigente (Figura 12).



Imagen 11: Pueblo de Caguach, en la isla del mismo nombre, comuna de Quinchao. Se aprecia una organización que se repite en todas las islas: una iglesia (o capilla) delante de la cual existe una explanada destinada a lo ceremonial y en torno a la cual se instalan las viviendas y conectividad. Imagen: Drago Bartulín 2004.



Figura 6: Ejes de poblamiento históricos fomentados por la corona española durante el siglo XVIII. Hoy en día siguen vigentes y explican la segregación de los territorios asociados a la cordillera de la costa y la cordillera de Los Andes, además de la insularidad interna (Imagen: Fondecyt 1121204).

Movilidad

La incorporación forzada de Chiloé a la República de Chile a principios del siglo ~~XIX~~ (1826) fue un momento clave en el que se abrieron nuevas posibilidades de movilidad fuera de las fronteras archipelágicas. De hecho, muchos hombres isleños se integraron a los movimientos de peonaje del país. Más tarde este movimiento se ampliaría notoriamente, a fines del mismo siglo, con la oportunidad brindada por las salitreras en el norte, predios agrícolas en la cuenca del Llanquihue, y faenas ganaderas en las pampas chileno- argentinas (entre otros). Pero este mismo evento debe ser comprendido como un siniestro, debido a que desconoció los acuerdos previos de convivencia y propiedad (sobre todo williche), y reactivó el discurso identitario de “periferia” del archipiélago. Chiloé pasó a formar parte, oficialmente, de un Chile que adquiriría territorios marginales con el fin de costear los altos costos gastados en el proceso de independencia. El hecho de haber resistido tan largamente constituyó un agravante sobre sus habitantes, lo que se tradujo, entre otros aspectos, en la enajenación de tierras para ser rematadas a terceros en Santiago. La activación de esta movilidad traumática y oportunista a la vez tuvo dos dinámicas básicas: quienes residían en la mitad norte de las islas de estudio acudieron hacia los derroteros externos antes mencionados, mientras que las familias que habitaban las islas situadas en lo que otrora fuese conocida como la “Tierra de Payos” (comunas de Queilen y Quellón) aprovecharon más los canales australes, haciéndose de pescado y mariscos ahumados, pieles y tablones de ciprés, interactuando en este ejercicio con kawéshkar y yámanas en el extremo austral.

Durante el siglo ~~XIX~~ y ~~XX~~ los campos y viviendas quedaron recurrentemente abandonados por años debido a esta movilidad, pero se reactivaban con el regreso de quienes volvían con el dinero obtenido tanto en la venta de su fuerza de trabajo como en el comercio de productos marino-forestales. Con ello remodelaron el paisaje con nuevas configuraciones. Términos como “campo sucio” se asocian a momentos en los que, sin actividad agropecuaria, los terrenos eran reconquistados rápidamente por el bosque

nativo (lo que se asociaba a indolencia o ausencia), mientras que “campo limpio” refería lo contrario: esfuerzo, dedicación y sacrificio. Es aquí cuando la noción de “trabajo” cobra un sentido dual: por una parte se vincula a la auto-satisfacción familiar y comunitaria de necesidades a través del esfuerzo sin que medie remuneración alguna, mientras que quienes viajaban cambiando su fuerza de trabajo por dinero trabajaban bajo una racionalidad moderna (pero al costo de no ver a sus mujeres, ancianos e hijos por largos períodos de tiempo²³).

Esta movilidad cobró un valor especial por sobre el de quedarse, y el salario se convirtió en un proyecto buscado asiduamente hasta el día de hoy: “Tenemos caminos, llegamos hasta la puerta de nuestra casa. Lo que necesitamos es más plata no más, ¡trabajo!” (Mujer, isla Quehui, focus group 2016). Lo significativo del caso es que ambas dinámicas ocurrían durante la vida de un individuo: durante la infancia se trabajaba en el campo, playa y mar, bajo la modalidad antigua para sostener al grupo familiar (en el que los hermanos mayores y el padre estaban ausentes). Durante la juventud y adultez se trabajaba bajo la modalidad asalariada. Una vez que se había reunido un capital suficiente para asegurar una vivienda y un predio para autosuficiencia se regresaba para establecer una familia. Entonces se retornaba al trabajo bajo la modalidad antigua. Es así como se gestó una asociación valorada positivamente entre capital y las transformaciones que éste detonaba sobre el entorno habitado. A más capital, más rápidas transformaciones.

²³ Montiel, 2010

Los viajes desde las islas menores hacia el exterior marcaron demográficamente períodos de disminución e incremento recurrentes. Sin embargo, si consideramos el siglo *xx*, siempre hubo un ejercicio de fuga más importante que de retorno (Figura 7):

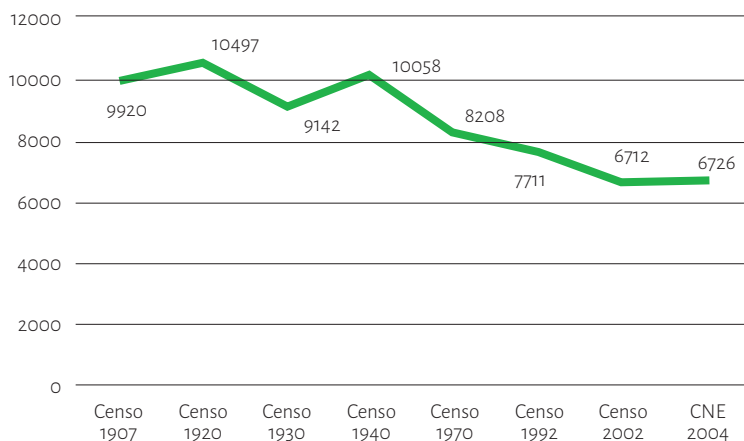


Figura 7. Población de islas menores de las provincias de Llanquihue y Chiloé considerando censos de 1907 hasta 2002 y base de datos CNE 2004. Los retornos deben comprenderse como una reacción sinérgica ante la imposibilidad de mantener labores asalariadas en el exterior, mientras que los de fuga obedecen a la apertura de oportunidades ya sea fuera de la región como en la Isla Grande y el continente cercano, sobre todo a partir de los '80 (islas consideradas: Quehui, Chelín, Chaulinec, Meulín, Caguach, Linlín, Llingua, Apiao, Alao, Cailín, Tabón, Quenu y Queullín).

¿Por qué esta constante disminución de personas?: si se observan los cuadros demográficos de la figura 8 se observa cómo la población continental creció en desmedro de la insular.

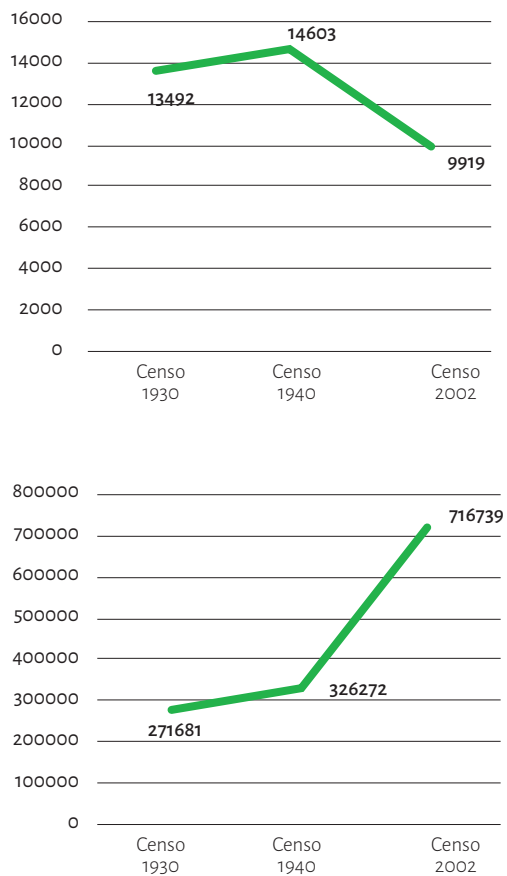


Figura 8. Izquierda: Dinámica que considera la suma total de habitantes de islas menores de las provincias de Llanquihue y Chiloé que refuerza evidencia de descenso poblacional significativo desde mitad del siglo **XX**. Por el contrario, gráfico de la derecha muestra cómo simultáneamente la región de Los Lagos en el mismo período incrementó sustancialmente el número de sus habitantes. Elaboración propia sobre la base de Censos históricos, INE).

Esto se debe a la conjugación de varias variables: (i) las frecuentes oportunidades que surgían siempre a escala continental (y no insular), y que reflejan las políticas estatales; (ii) la familia como fuerza de trabajo dejó de ser relevante a partir de las últimas décadas del siglo **XX**, y con la puesta en práctica de la formación superior como palanca para hacerse de mejores oportunidades, las familias optaron por reducir drásticamente el número de hijos; y (iii) como parte de lo anterior, el imaginario de bienestar se trasladó, tempranamente, desde las islas hacia las ciudades.

Es importante considerar que un acelerador notable de este proceso ocurrió con el arribo del modelo económico extractivo de los 80, coincidiendo con la liberalización normativa del entorno marino, y que se manifestó bajo la figura de “fiebres”: fiebre del loco, fiebre de la merluza y fiebre del pelillo. En pocos días se obtenía lo equivalente a toda una vida de “sacrificio” no asalariado:

“(...) la industrialización promovida en la década de los ochenta por el Estado chileno es un hito que marca la historia de Chiloé. Esto, dada la transformación de un sistema de economía a pequeña escala, solidaria, con expresiones sociales y comunitarias como el trueque y la minga, hacia una economía industrial, moderna, competitiva, orientada al mercado externo, basada en relaciones sociales individualistas y funcionales. Se van conformando así, las bases de una economía de libre mercado y de una sociedad centrada en la individualidad y la propiedad privada”
(Villaruel, 2010: 173).

Estas “fiebres” generaron importantes procesos de expansión urbana en ciudades como Quellón, Dalcahue, etc. gracias a la migración de jóvenes isleños y otros migrantes provenientes de todo el país. Al mismo tiempo, surgieron asentamientos costeros en áreas que antes estaban despobladas bajo la morfología de “ciudades de plástico”, término que refiere a campamentos informales basados en pequeños ranchos familiares cuya materialidad era altamente precaria, pues estaban construidas con plásticos y materiales ligeros.

Diez años después se inició la expansión de la salmonicultura, coincidiendo con la implementación de la Ley de Pesca y Acuicultura. Este fenómeno significó un estrés interno de gran magnitud debido a dos aspectos importantes: por un lado la ya mencionada privatización de los cuerpos de agua (siniestro que sorprendió a comunidades que siempre consideraron al mar como un bien común); y porque excluyó a los pescadores artesanales como protagonistas (a diferencia de lo que había ocurrido en la década anterior). Por el contrario, la salmonicultura controló desde un inicio el proceso productivo completo:

“Este evento se transformó en un siniestro porque la política de manejo y privatización de los recursos del ecosistema marino no consideraba, proactivamente, preferencia para las comunidades que desarrollaban usos consuetudinarios, ni generaba acciones para prepararlos ni apoyarlos”
(Fundación Superación de la Pobreza, 2016: 24).

La migración de jóvenes hacia la Isla Grande y el continente fue masiva y confiada, sumándose a miles de migrantes también provenientes de todas partes de Chile. Entre otros aspectos, debido a una importante campaña comunicacional blindada desde el Estado y otros organismos externos: *“(…) el sector acuícola no solo ayuda a disminuir el hambre y la desnutrición al entregar alimentos ricos en proteínas, ácidos grasos, vitaminas y minerales, sino que también mejora la seguridad alimentaria al crear empleos y aumentar los ingresos de las personas”²⁴*. No discutiremos en este estudio las contradicciones que existen entre esta afirmación y la realidad laboral y alimenticia local que ocurrió en el mar interior, pero baste considerar que en el año 2004 se ocuparon 5.100.000 toneladas de peces nativos para producir sólo 600 toneladas de salmón, cuyos consumidores no eran precisamente comunidades afectadas por desnutrición y hambruna²⁵.

²⁴ <http://www.salmonchile.cl/es/produccion.php>

²⁵ http://www.terram.cl/docs/APP_34.pdf

Asfixia

Pero este período “salmonícola” también detonó otro fenómeno importante: para quienes trabajaron en la industria en las islas, significó la oportunidad de financiar la formación de sus hijos e hijas en las ciudades para que adquirieran educación superior y pudiesen irse en busca del bienestar que no lograrían quedándose. Con los sueldos, precarios por cierto, los padres podían costear pensiones, gastos materiales y necesidades alimenticias del proceso formativo. Esto implicó poner en práctica un ejercicio en el que los padres permanecieron en las islas (“sacrificándose” como relatan ellos mismos), mientras sus hijos se convertían en docentes, paramédicos, secretarías, etc. Esto es notable, especialmente en el caso de las mujeres, pues antes de ello sus fugas estaban ligadas básicamente a convertirse en asesoras de hogar en la región o fuera de ella, retornando en su vejez. Ahora surgían nuevas oportunidades y posiciones que les permitían romper con el esquema previo, buscar una igualdad laboral con los hombres y, en ambos casos, no regresar.

Pero las crisis que sufrió la industria entre 2008 y 2009 (virus ISA), y la reciente crisis debido a florecimientos algales nocivos, hicieron que ésta automatizase sus procedimientos, en un ejercicio que parece ser global y sin retorno (Ford, 2016). Es así como miles de desempleados se volcaron a la pesca artesanal (presionando a los pescadores ya establecidos y a las cada vez más escasas cuotas de pesca), mientras otros retornaron a sus territorios de origen (incluyendo las islas). El problema se produjo cuando estos isleños retornados demostraron que no podían reproducir el modelo consuetudinario por sí mismos. Ellos partieron muy jóvenes, y no alcanzaron a hacerse de los conocimientos y técnicas suficientes para poder ser eficientes bajo el modelo tradicional:

“(…) al perder sus empleos en la industria, algunos deciden retornar al campo, sin embargo se demuestra la falta de capacidades en las actividades económicas tradicionales, pues en algunos casos no han desarrollado las habilidades para producir adecuadamente en lo rural. Las habilidades que poseen están relacionadas al trabajo industrial y corresponden a los nuevos patrones cognoscitivos adquiridos.”

(Villaruel, 2010: 171).

Hoy en día para poder competir por los escasos puestos de trabajo en la salmonicultura surgen exigencias que escapan a las capacidades de muchos isleños adultos: por ejemplo, no contar con la educación media completa. De esta forma, dicha oportunidad desapareció casi por completo de la estructura económica local.

El escenario ambiental insular tras estas décadas de sobre-explotación está seriamente dañado (Hucke-Gaete et.al, 2010), y además vulnerable a ser privatizado sin que sus habitantes puedan predecir su ocurrencia ya que perdieron el control sobre las decisiones acerca del devenir insular. Dado que se hace muy difícil aprovechar la estructura de oportunidades externa, y al mismo tiempo muy difícil poder reproducir el modelo de vida tradicional, surge la noción de “asfixia”, la que acrecienta la necesidad de sacar a las generaciones más jóvenes lejos de sus territorios. Lo más complejo respecto de este siniestro es que *“la pérdida de autonomía frente a los actuales mecanismos de intercambio, impuestos por el sistema neoliberal, dificulta la recreación de una cultura propia de participación social y del trabajo, construida históricamente, que permita mantener la continuidad de su modo de producción asociado a su modo de vida”* (Rodríguez, 2013: 2).

Enajenación y pobreza

El sentimiento colectivo sobre lo que ocurre hoy en día, esta “asfixia” insular, se expresa muchas veces como perplejidad, ya que las familias isleñas son conscientes de que ya no basta con habitar desde hace generaciones en las islas para ser propietarios de sus tierras (no se poseen títulos de propiedad ya que casi todo ha sido heredado por “sucesiones” o simplemente por el reconocimiento de los propios pares sobre el espacio que se ocupa). Las playas y mar pueden ser concesionados a privados sin previo aviso, y las proyecciones de una isla y sus familias se vuelven inciertas. Si a ello se suma el incremento de eventos FAN²⁶ en la última década, este panorama se recrudece, sobre todo porque el abastecimiento de mariscos, indispensables en la dieta local pues además son gratuitos, se anula (Imagen 12).

La forma de organizarse internamente ha sido sobre intervenida y desmembrada: si antiguamente era la comunidad quien decidía cómo resolver conflictos, hoy en día son una multiplicidad de organizaciones fragmentadas de acuerdo a la oferta que propone el Estado: comité de agua para asuntos de agua, comité de papas para asuntos de papas, etc.

²⁶ Floraciones algales nocivas, más conocidas como “mareas rojas”.



Imagen 12: bandera utilizada por comunidad de isla Huapi Abtao durante la última crisis de marea roja, que dejó a miles de familias imposibilitadas no sólo de comercializar mariscos, sino –por sobre todo, de consumirlos, en un contexto en el que la dieta insular depende de forma crucial de los recursos que pueden obtener directamente en su entorno costero. En la bandera puede leerse “Huapi Abtao no se rinde”.

Se ha constreñido la libertad que antiguamente favoreció la conducta creativa insular para identificar oportunidades y la resiliencia que ello conllevaba. Es así como el discurso de modernidad comenzó a ser cuestionado, por el alto costo que debieron pagar sus habitantes:

“Y ahora según dicen que se vive mejor, yo no lo encuentro porque ahora estamos vigilados por todos lados. Antes cada persona hacía su manera de vivir, de alguna manera, con sufrimiento, por supuesto, pero vivía. Ahora por ejemplo: usted si lleva un metro de leña dentro de un bote, lo pescan, le sacan multa altiro. Usted tiene que tener su “carné” (carnet), solamente pa’ que venda papa, lechuga, zanahoria, algunas cositas, y si no, lo pescan con una malla de mariscos, preso. Carne ¡peor todavía!, lo pescan vendiendo un pedacito de carne, ¡se va preso! Lo pescan balseando un animal, ¡también se va preso!, porque ven que lo está robando, y con esas cosas ya casi no se puede vivir (...) es totalmente vigilado, y así cada tiempo vamos a ir quedando peores”

(Hombre de isla Cailín, Fondecyt 1121204, año 2015).

A la vista de lo anterior, es posible sintetizar esta historia insular en torno a eventos inesperados, traumáticos, que detonaron transformaciones importantes en el mar interior de Chiloé (Figura 9):



Figura 9: Eventos inesperados y traumáticos (siniestros) que detonaron transformaciones en las islas del mar interior de Chiloé. Elaboración propia.

Es en este momento en el que ocurren reflexiones colectivas sobre lo que significa estar en situación de pobreza: antes todos eran iguales en un contexto que materialmente era precario... ¿entonces todos eran pobres? La respuesta es, de acuerdo a las familias isleñas, negativa. La pobreza en las islas no tiene una connotación material, pues hoy en día también existen carencias al respecto. Siempre existirán si el referente comparativo es la vida urbana, y difícilmente se equiparará esta brecha. Por lo visto, la pobreza como problema tiene otras expresiones y significados en el mar interior. Podemos mencionar algunas de las manifestadas por las familias isleñas (Figura 10):

- (i) Por ejemplo, se es pobre porque hoy en día ya no se cuenta con los recursos alimenticios que antes eran abundantes y gratuitos, como pescados y mariscos. Esto ha afectado considerablemente la dieta insular y la posibilidad de compensar la adquisición (y los gastos que implica) de una canasta familiar urbana.
- (ii) También se es pobre cuando no se tiene cobijo, un techo, por más “rústico” que sea. Dado que no es posible postular en estas islas a subsidios rurales (por no contar con títulos de propiedad), es la familia quien invierte en la totalidad del gasto en la vivienda. Dada la situación actual de asfixia, ya referida, esta capacidad se vuelve más incierta y difícil. Se observa un importante reciclaje de materiales provenientes muchas veces de la industria acuícola para las construcciones más precarias.
- (iii) La “inteligencia” es la habilidad de enfrentar dificultades y transformar la realidad a pesar de las carencias materiales. En sí misma representa la matriz histórica del modelo consuetudinario. Es muy valorada, y permite a quien la aprovecha vivir y sostener a una familia en cualquier parte y bajo condiciones difíciles: “La gente aquí es inteligente y trabajadora, no tienen estudios ni nada, pero se forman una idea y construyen sus casas y sus lanchas ellos solos” (Hombre de isla Talcán, entrevista semi estructurada, 2016). De esta forma, y en contraposición, no utilizar la “inteligencia”, esto es, no trabajar (bajo la modalidad consuetudinaria o asalariada) es sinónimo de pobreza: “La gente que no trabaja su tierra: ¡eso es pobre!, porque la gente que vive en el campo tiene su tierra, y si es pobre es porque no la

cultiva, porque no sale a mariscar, o porque se deja” (Mujer isla Quenu, entrevista semi estructurada 2016);

- (iv) También se es pobre cuando la persona está imposibilitada de expresar su inteligencia trabajando debido a razones de salud y envejecimiento: “Yo veo la pobreza en son de que esa persona cuántas oportunidades tiene para tener ingresos, para desarrollarse como persona. Porque tú puedes tener una casa, un tremendo terreno, ¿pero si no tienes cómo trabajarlo (por enfermedad)?, yo considero que es pobre” (Mujer joven, isla Chelín, entrevista semi estructurada 2016).
- (v) Finalmente, se es pobre cuando las barreras para utilizar la estructura de oportunidades externa e incluso interna se vuelve crónica.
- (vi) Existe un estigma negativo hacia quienes dependen exclusivamente del beneficio social (que también forma parte de la estructura de oportunidades insular). Quienes lo hacen de forma permanente, teniendo inteligencia y capacidad de trabajar, son catalogados como pobres.
- (vii) Se es pobre cuando otros (externos) segregan a los isleños de sus propios espacios de vida y trabajo pues tienen capital y extensas redes de apoyo (como ocurre con la industria salmonera, flotas pesqueras, etc.).
- (viii) Algo muy interesante es que se es pobre cuando se actúa irresponsablemente en la administración de las economías familiares insulares: “Es que hay familias como que se dejan llevar a la pobreza: porque la salud la tienen, pero como que se dejan que la marea los traiga ahí no más y lo tengan en un solo lugar. No saben controlar su plata. Porque si hayan plata hoy a lo mejor compran tres kilos de trutros de pollo, ¡lo comen entero en una sola comida!, y mañana ya no tienen nada que comer porque no saben controlar su dinero o administrar sus cositas que tienen” (Mujer, isla Quehui, focus group 2016).

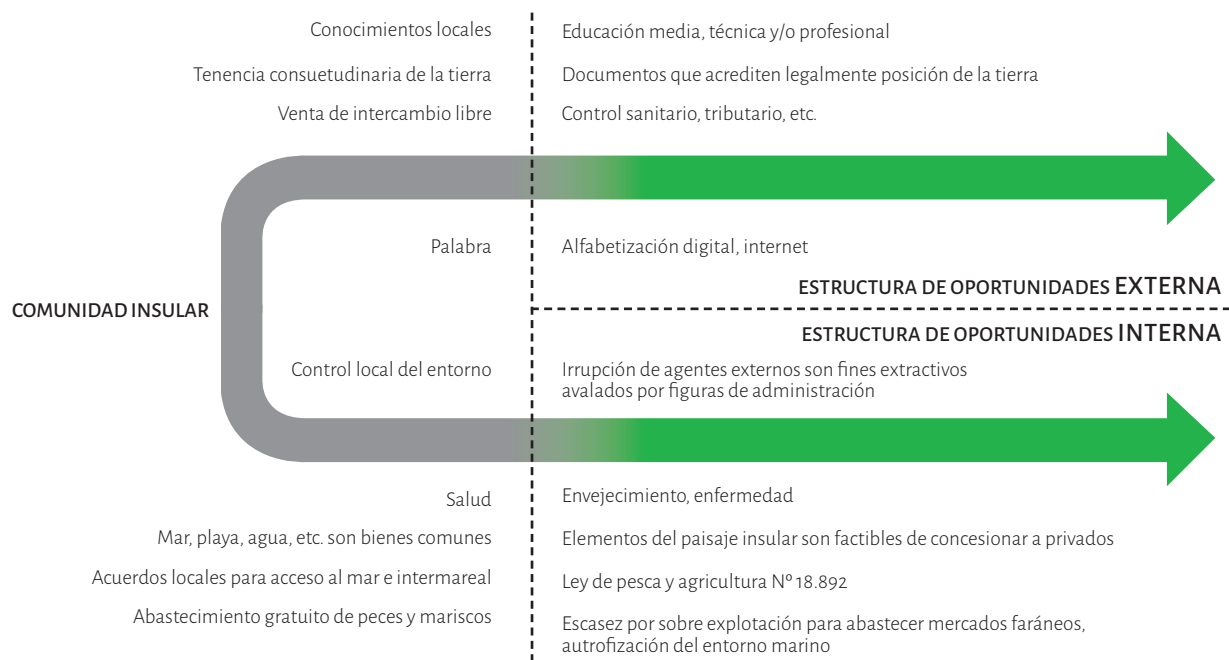



Figura 10: Algunas de las brechas actuales que generan situación de pobreza en las islas del mar interior. Elaboración propia.

Secando luga utilizando trineo "virloche". Isla Chuit, grupo Desertoers. Fotografía: Ricardo Álvarez 2016.



**ECONOMÍAS FAMILIARES ACTUALES Y
LA DIVERSIDAD DE RESPUESTAS ANTE
LOS SINIESTROS Y ESTRUCTURA DE
OPORTUNIDADES**

El modelo tradicional de vida de estas islas (Figura 11) difiere del modelo económico imperante básicamente porque privilegia un acceso equitativo hacia los espacios de colecta y captura, y porque el agente protagónico es la comunidad. De hecho, y tal como se mencionó previamente, para asegurar una adecuada convivencia entre las familias que habitan las islas durante el proceso de construcción del propio modelo, se generó un fuerte vínculo entre lo festivo-cosmogónico y el propio acto de “trabajar” (ya sea para sí mismo o a través de la venta de la fuerza personal y colectiva).



Figura 11: esquema comparativo básico entre modelo consuetudinario insular y modelo económico actual. Elaboración propia.

El deterioro actual de este modelo consuetudinario, deslegitimado, ha coincidido con la expansión del modelo extractivo actual y, coincidentemente también, con el incremento exponencial de crisis socio-ambientales. Pero el primero no ha desaparecido y ofrece resistencia, apelando a la

creatividad que lo caracterizó en tiempos históricos para sortear siniestros de gran envergadura. Esto permite constatar un paisaje complejo, un territorio que es vivido a la par que es normado interna y externamente sin que exista compatibilidad entre ambas lógicas (Ther, 2012). El Estado impone reglas que favorecen la utilización de las islas bajo una lógica mercantil y competitiva, que generan resistencia en los isleños, estableciendo procedimientos que resguardan la libertad de acción (por ejemplo, la recolección trashumante de algas basada en acuerdos locales) que son vendidas al mercado (ingresando con ello a un escenario altamente competitivo, frecuentemente mediado por intermediarios).

Si pudiésemos sintetizar las economías isleñas bajo la figura tradicional (Figura 12), deberíamos tomar en cuenta que el aporte más relevante, por su estabilidad, reside principalmente en torno a labores agropecuarias no asalariadas de auto-sustento (40%), seguidas por recolección informal de algas que son comercializadas a intermediarios (22%).

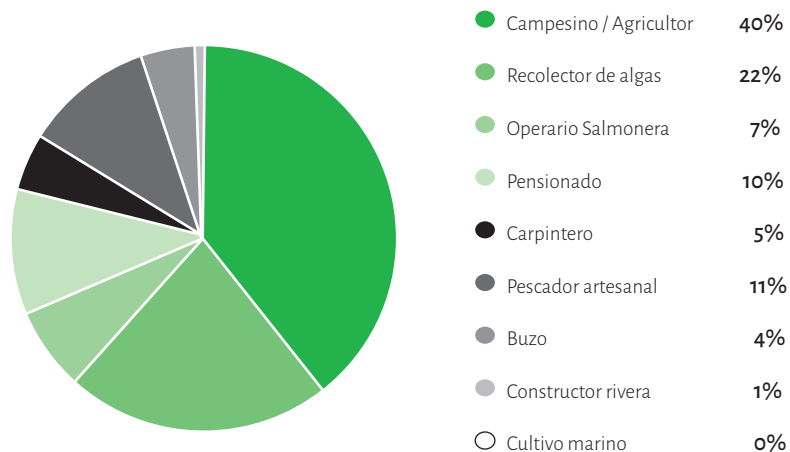


Figura 12. Gráfico que sintetiza la estrategia económica de las familias que forman parte de las islas de estudio. Fuente: Encuesta de suministro eléctrico islas del mar interior de Chiloé, Comisión Nacional de Energía, 2004.

Ambas actividades involucran al grupo familiar de forma protagónica, y suman el 60% de la estrategia insular de vida. Ambas ocurren en un contexto de libertad “parcial”: la agricultura isleña está sobre-intervenida por programas estatales que fomentan la incorporación de agroquímicos y el endeudamiento, en un escenario en el que paradójicamente no se ha asegurado la comercialización de los excedentes que ello produce:

“El año pasado fue un año malo porque cayó el tizón, que vendimos ninguna cosa. ¡Pura pérdida!, ¡y más encima tuvimos que pagar nuestros créditos de abono!, porque en el fondo igual tenía que pagarlo po’. Y más esa prórroga le subía como a noventa mil pesos igual. ¿Cuánto le subía!, y eso que primero no nos dieron a conocer, ¿ve que ahí hacen como maña? Menos mal que después el que es un poquito más vivo preguntaba si ese, si yo debía quinientos a cuando paguen en tantos meses ¿voy a pagar los mismos?, -“¡No!”-. ¡Cuánta gente que lo había hecho y después se fue a renunciar a pagar esa plata para que no le suban sus noventa mil pesos”
(Mujer, isla Quehui, focus group 2016).

Una de las razones para que esta situación se siga reproduciendo de manera crónica es que:

“El Estado tiene metas que cumplir. Las metas del programa son cobertura. El Estado tiene metas de recursos que tiene que entregar en crédito (tiene metas de crédito), tiene metas de recuperar esos créditos, de incentivos, de trabajar con tantas mujeres, con tantos hombres (...) el problema es entregar un crédito a una persona que tú sabes que no tiene capacidad de pago. Porque los instrumentos al final terminan dividiendo: porque tú tienes un territorio y el vecino que es indígena está en el PDTI; y el vecino de al lado con el que se crio y creció, pero que no tiene apellido indígena, está en Prodesal; y el otro vecino que le gustaban las vacas y que tiene veinte vacas mientras los otros tienen cinco, ese está en SAG y esos tres que se quedaron juntos, que van al mismo velorio, son trabajados de manera distintas. Y al final el del lado termina preguntándose “-bueno, ¡¿y por qué a él lo apoyan con un galpón y a mí no?!-, -¿¿por qué a él le dan un bono de cien lucas y a mí no?!-”. Entonces la política que llegó segmentada terminó rompiendo ese espacio que era de comunión, en vez de trabajar un espacio territorial”
(Agrónomo, entrevista en profundidad, Puerto Montt 23 de septiembre de 2016).

Por otro lado, la recolección de algas, que activa fuertemente una dinámica de movilidad de larga data en el modelo consuetudinario, se sostiene de manera incierta en un entorno regulado a favor de la privatización de los espacios costeros (Ley de Pesca y Acuicultura). Además, y dado que la venta de éstas se desarrolla afectada por intermediarios, padece constantes crisis que no son predecibles para estas familias, a pesar de que desplieguen importantes esfuerzos para hacer que este ejercicio colectivo beneficie a la mayor cantidad de habitantes posible.

Insólitamente la pesca artesanal formal (reconocida por el Estado bajo el registro pesquero artesanal (RPA) y figuras administrativas y organizacionales diseñadas por el mismo) representa en las islas menores sólo un 11% de la economía total; y la extracción bentónica apenas un 4%. Esto sucede porque, a diferencia de lo que ocurre en el continente y la Isla Grande de Chiloé, buena parte de las actividades ligadas a mariscadura y pesca tienen como finalidad el autoconsumo y/o venta menor en ferias urbanas, espacios en los que deben sortear múltiples dificultades ya que no obedecen a reglas sanitarias ni tributarias. De hecho, la comercialización que efectúan estas familias en ferias urbanas ha dejado de ser una oportunidad de raigambre histórica, y se ha transformado en un riesgo (sanciones económicas, requisamiento de los productos, etc.) ya que para el Estado esta forma de venta es ilegítima.

Por otro lado, es necesario constatar que en el año 2004 sólo un 7% de los isleños comprendidos en este estudio trabajaba asalariadamente en salmonicultura (principalmente en balsas jaulas como operarios con baja remuneración), cifra que en la actualidad es mínima tras la última crisis del 2016. Otro elemento relevante en la estrategia económica familiar lo constituye el aporte monetario en base a pensiones (10%)²⁷. Esto ha hecho que la presencia de adultos mayores se constituya en un aporte significativo para la estabilidad familiar y la planificación de gastos. Adicionalmente se suman múltiples oficios que tienen una menor representatividad porcentual: carpinteros, carpinteros de ribera, mitilicultura informal, programas

²⁷ Fondecyt 1121204

de empleo mínimo estacional, mercadillos, transporte náutico, recolección y venta de sphagnum²⁸ (“pompom”), etc. Destaca el profesorado y rol de paramédicos, ambos muy bien valorados como profesiones, y constituyen una meta por parte de muchos jóvenes isleños que ven en ello una posibilidad efectiva de realizarse y de poder vivir de manera segura en sus islas de origen o en otras islas del archipiélago.

Ahora bien, esta estrategia económica basal tiene múltiples expresiones temporales y espaciales: la recolección de algas ocurre en paralelo a la agricultura y ganadería menor, la recolección de orilla, comercio en ferias urbanas y la venta de fuerza de trabajo ocasional (por ejemplo, a través de “changas”). Y más aún, manifiesta una significativa diversidad cuando la observamos isla por isla. En este paisaje de múltiples estrategias, es posible advertir que cada isla toma decisiones respecto a qué actividades serán protagónicas. Por ejemplo, es muy visible la diferencia entre las estrategias cercanas a la cordillera frente a lo que ocurre en el interior, más cerca de la Isla Grande (Figura 13 y 14).

²⁸ Esta actividad, con indicadores inciertos, está asociada a la desecación de territorios debido a la sobre-extracción. Se trata de dos especies de musgos gigantes que actúan como “esponjas”, reteniendo el agua lluvia (única fuente proveedora de este elemento en las islas) y drenándola lentamente durante todo el año. Si se explota inadecuadamente facilita la rápida pérdida de agua, afectando grandes extensiones terrestres que necesitan de estos “pomponales”. Si bien se trata de una actividad que complementa parcialmente las economías campesinas, es cuestionable el hecho de que exista un grupo de empresarios muy reducido, mediado por intermediarios, que controla los precios y que ha lucrado con la desecación de la provincia de Chiloé. El efecto en las islas es notorio y es percibido por sus propios habitantes, quienes advierten que, combinado con la masiva plantación de eucalipto que fomentó el Estado, ha dejado sus tierras sin el agua que antes abundaba. Ello en un escenario en el que también son conscientes del cambio climático.

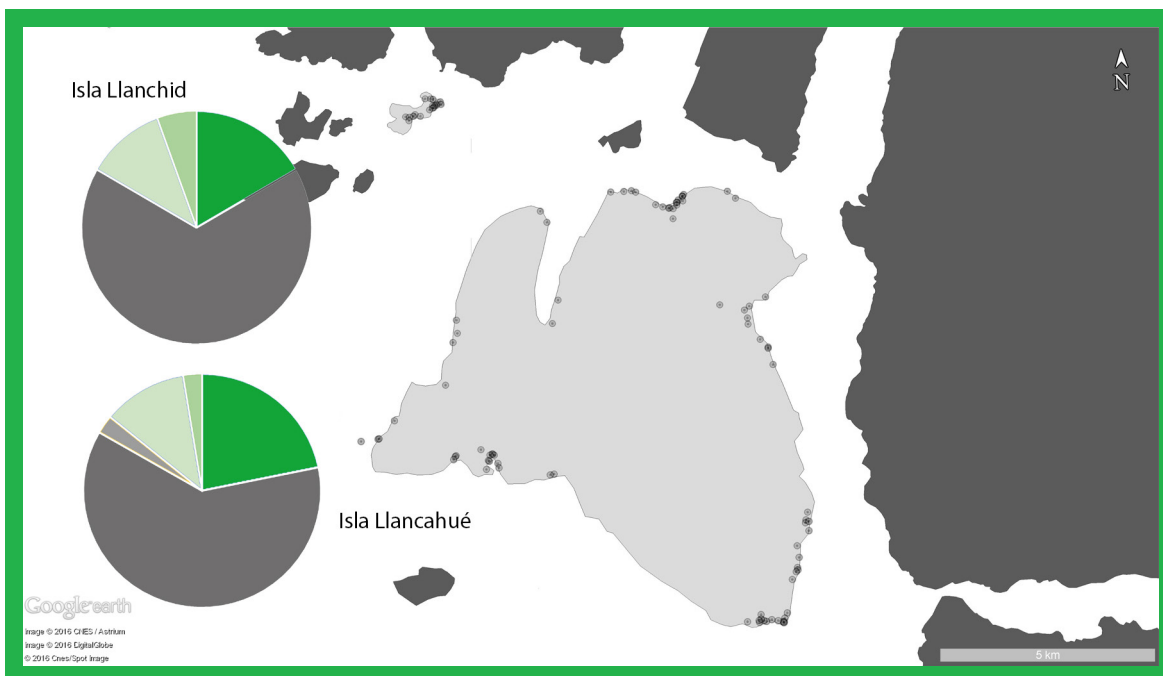
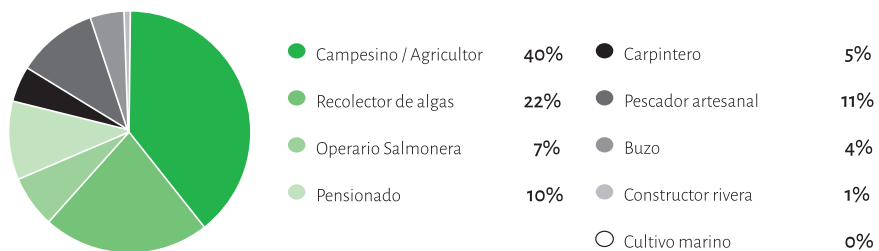


Figura 13: Estrategias económicas grupo insular Hualaihué, comuna del mismo nombre, provincia de Llanquihue. Obsérvese la escasa población presente en ambas islas (puntos gises representan viviendas). Aquí la actividad protagónica reside en la pesca artesanal. Fuente: elaboración propia en base a CNE-PNUD 2004.



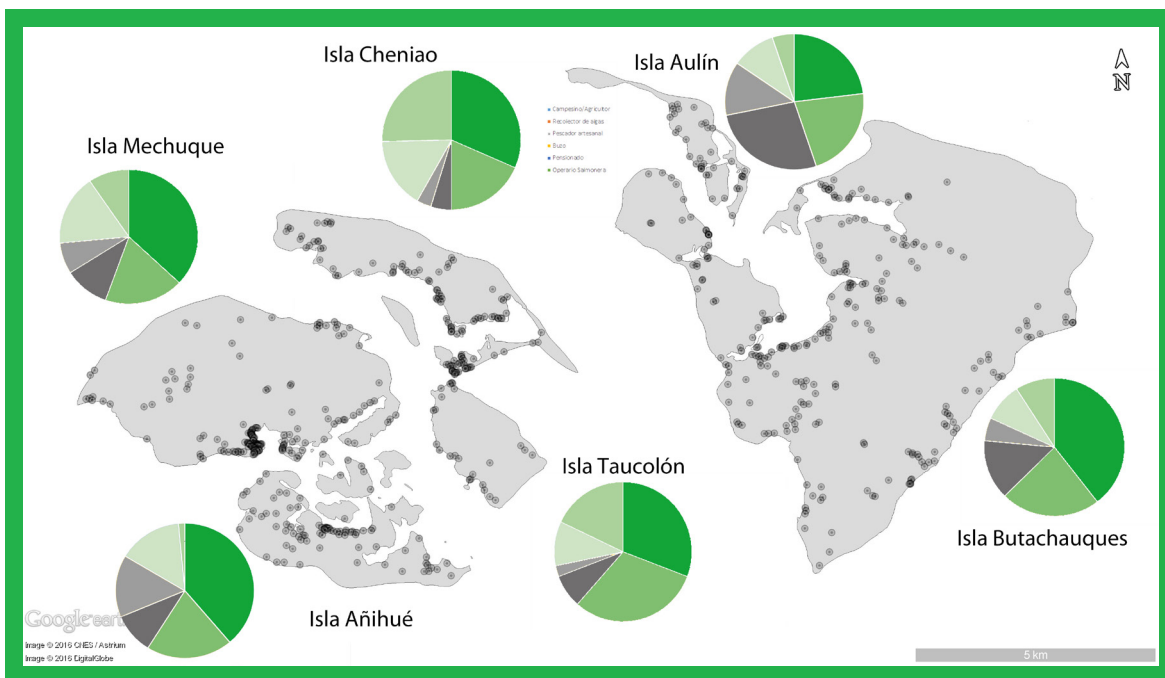


Figura 14: Estrategias económicas grupo insular Butachauques, comuna de Quemchi, provincia de Chiloé. Se repite aquí la concentración demográfica en la costa (puntos grises representan viviendas), pero esta vez las actividades protagónicas residen en la agricultura y recolección de algas. Fuente: elaboración propia en base a CNE-PNUD 2004.

Al comparar la relación entre km2 insulares (Figura 15) y la diversidad de estrategias económicas basadas en cuatro elementos protagónicos: agricultura de subsistencia, recolección de algas, pesca artesanal y buceo²⁹ (Figura 16), es posible considerar que no se advierte un comportamiento diferencial en base a las dimensiones insulares. Con ello se despeja la noción de que esta diversidad obedece a las limitaciones espaciales de las islas. Por el contrario, lo que se observa es un comportamiento altamente creativo.

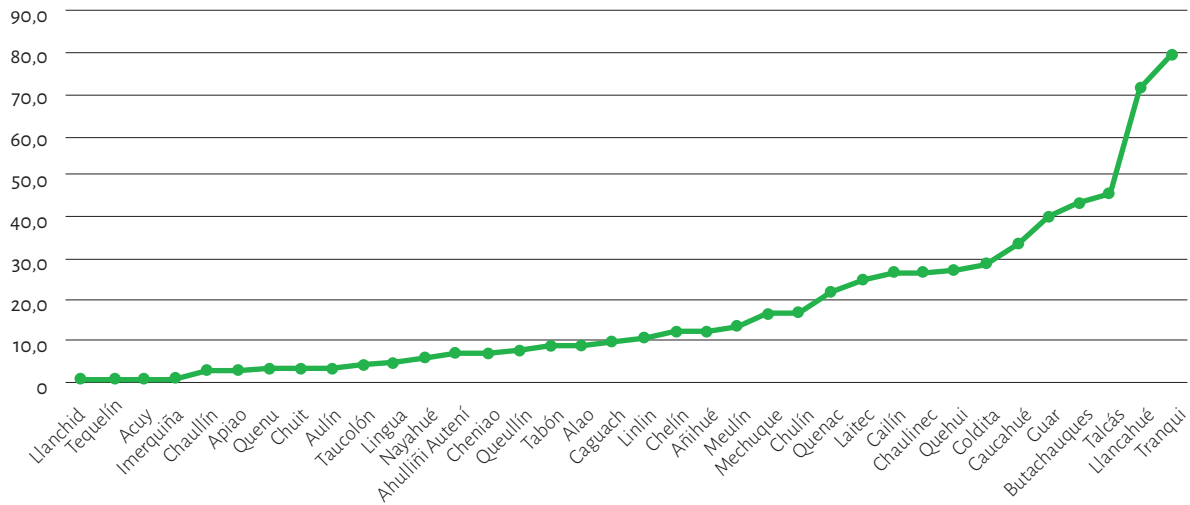


Figura 15: km2 islas de estudio. Elaboración propia.

²⁹ Excluyendo labores asalariadas en acuicultura debido a su baja incidencia actual.

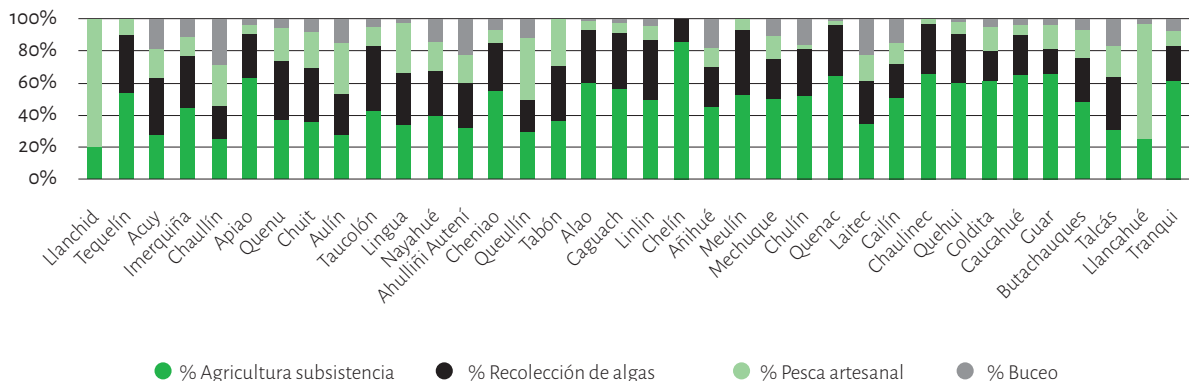


Figura 16: % de ítems económicos más representativos de economías isleñas en comparación con las dimensiones insulares (km2). Elaboración propia.

Pero si tomamos en consideración el eje histórico de poblamiento, mencionado previamente, el esquema varía, y se hace visible a la agricultura de subsistencia y la recolección de algas como relevantes en el eje más cercano a la Isla Grande, mientras que la pesca artesanal y el buceo cobran mayor importancia junto a la cordillera de Los Andes (Figura 17).

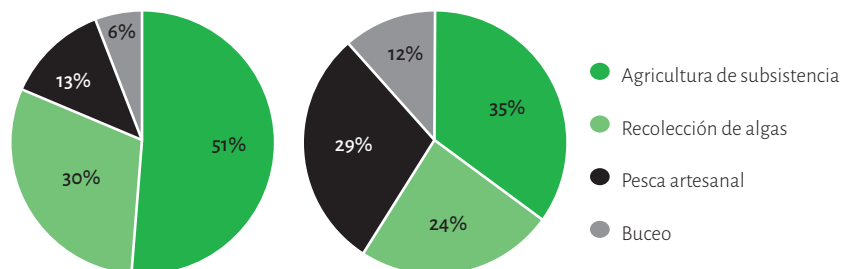


Figura 17: Gráfico que representa las economías isleñas asociadas al eje Oeste y Este insular: Izquierda: eje Oeste. Derecha: eje Este cordillerano. Elaboración propia.

Si bien la recolección de algas sigue resistiendo a la modernidad en un estadio intermedio entre lo consuetudinario y lo mercantil, es probable que muy pronto esta actividad se tense y deje de ser parte de las oportunidades locales, ello porque todavía “(...) *no ha habido una apropiación privada de la luga. Al menos hasta su recolección, no ha sido concebida como propiedad privada (...) Fuera de la costa y enmallada, la luga es una mercancía y tiene dueño, se comercia, pero el éxito inicial de los lugeros pioneros sólo se dio por la posibilidad primera de acceder libremente a la luga y otras algas*” (Calderón y Morales, 2016). Esto nos lleva a considerar que si las políticas pesqueras acrecientan en el mediano y largo plazo su incidencia, exigiendo un mayor control sobre el proceso sustentado en la pérdida de libertad, el impacto que ello generará en las economías insulares será extremadamente perjudicial.



“Compras” efectuadas en la ciudad mientras se retorna a la isla. Nótese el volumen que ocupan las bolsas de fertilizante químico. Fotografía: Ricardo Álvarez 2016.

Es necesario, ante ello, poner atención en la forma en la cual estas cuatro actividades se desarrollan en este entorno:

Agricultura de subsistencia

La actividad agropecuaria no es generadora de dinero en efectivo, salvo la venta informal en ferias urbanas de hortalizas y animales faenados, o la venta de animales a trato directo dentro y entre islas también de manera informal. Por ello, es referida por los habitantes isleños como un medio para “mantenerse”, “dar vuelta el año”. Esto implica que más bien es una actividad vital de auto-subsistencia, en la que el grupo familiar ejecuta roles casi siempre compartidos, en ocasiones equivalentes (siembra, cosecha, cuidado y alimentación de los animales, etc.), y en menor medida segregada por género. Esta actividad sustenta a las familias con alimentos de primera fuente, “limpios” y “sanos” bajo su propia percepción, y sólo en caso de eventos inesperados -“apuros”- ocurre la venta de un animal o un predio y la transformación de ese bien en dinero:

Nosotros aquí tenemos cosas pero no tenemos la plata en efectivo. Los animales en el momento que uno necesita la plata, como ser, de repente se le enferma un familiar, y uno puede tener muchos animales pero en ese momento no tiene plata, tiene que irlos a ofrecer esos animales. Muchas veces le pagan no lo que vale. Porque uno lo anda necesitando eso”
(Mujer, isla Quehui, focus group 2016)

Por otro lado, y a pesar de no tener mercado asegurado para la producción de papas (especie protagónica), los programas del Estado han estimulado insistentemente el endeudamiento para uso de abonos químicos, herbicidas y pesticidas. Esta situación genera una frustración compartida por las familias de las islas de estudio ya que no comercializar esta sobre-producción es evaluada como un fracaso, aun cuando sea de conocimiento de todos que los costos asociados al transporte, intervención de intermediarios y obstáculos para acceder a ferias urbanas impiden que ello se logre. Lo complejo es que los conocimientos y procedimientos tradicionales para fertilizar la tierra y controlar malezas y plagas han quedado relegados a la

memoria oral, y se hace difícil recuperar la experticia que demostraban las generaciones ya fallecidas. Además, se evalúa que el uso constante de elementos químicos en la tierra afecta la condición natural de las islas y napas subterráneas de las que beben humanos y ganado, incluso las plantas y bosques que les rodean. Al preguntar por la eficiencia de estos elementos externos, versus los abonos históricos (guano de ovejas y algas principalmente, y en menor medida guano de aves de zonas de nidificación reconocidas), las respuestas frecuentes señalan que es más fácil la utilización de productos industriales embolsados y que requiere menos esfuerzo físico utilizarlos, a diferencia de los días de esfuerzo que desplegaban en la recolección de los segundos y su aplicación en los sembradíos.

Finalmente, la agricultura es percibida como un importante amortiguador ante crisis y vaivenes del mercado asalariado, pero requiere de conocimientos y práctica que los más jóvenes, en su desarraigo actual (principalmente ausencia en el hogar desde la infancia debido a educación formal) no han adquirido y difícilmente adquirirán, pues sólo la familia es poseedora de dicho patrimonio. Esta actividad se arraiga en la tierra, en los predios heredados por “sucesión”, muy escasamente regularizados (lo que obstaculiza el acceso a muchas de las oportunidades que ofrece el Estado en su oferta pública, como subsidios habitacionales).

Recolección de algas

La recolección de algas, actividad netamente trashumante y familiar, facilita la planificación de gastos anuales ya que lo colectado se transforma rápidamente en dinero en efectivo. Se trata de una actividad que se sustenta en decisiones propias, por lo que usualmente se asocia al concepto de “libertad”, pero evidencia una gran vulnerabilidad ante intermediarios y agentes extractivos externos. Constituye un aporte muchas veces equivalente a la mitad de los ahorros familiares anuales:

“Nosotros somos personas independientes, trabajamos independientemente, somos autónomos. Muchas veces cuando llega el tiempo de las algas se hace bastante dinero, pero ese ahorro en total hay que distribuirlo para un año completo de vida”

(Hombre, isla Nayahué, focus group 2016)

Con ello se accede a un televisor, uniformes y útiles escolares, reemplazo de techumbre, entre otros muchos gastos. En el caso del pelillo³⁰ (sobre todo en isla Linlín) la parcelación del inter-mareal se logra bajo decisiones consuetudinarias, y lo mismo opera en torno a los espacios de recolección y secado de luga³¹ recogida “a pie” (sin el uso de traje de buceo). Pero estas reglas no son válidas para el Estado, y no tienen posibilidad de sostenerse ante la intervención de buzos que aprovechan las ventajas de la tecnología que poseen para extraer esta alga desde el fondo marino y hasta el límite de la más alta marea. Evidentemente los volúmenes que consiguen son muy superiores a los que recolectan a pie las familias isleñas, y su ventajosa movilidad les permite acceder a todas las islas en la que exista una importante floración, mientras que las familias locales se ven encerradas en sus espacios de vida.

Para las familias isleñas existe un significativo temor respecto a la posibilidad de que la Ley de Pesca y Acuicultura finalmente les impida trabajar en las algas, exigiéndoles encerrarse en áreas de manejo que, por las brechas que existen, tardarían muchísimo tiempo en adquirir. Además, esta situación les limitaría la posibilidad de movilizarse dentro de sus islas y, como ocurre muchas veces, a las islas cercanas, en donde tienen acceso gracias a los vínculos de amistad o parentesco que poseen. También la venta de estas algas se ve coartada por la acción de intermediarios que manipulan agresivamente las transacciones. Un ejemplo de ello ocurre cuando los habitantes de una isla en particular señalan no estar de acuerdo con los precios, ante lo cual los intermediarios responden: “-entonces nos vamos a otra isla-”. Los cambios de precio entre un ciclo y otro afectan significativamente la capacidad de planificación económica insular, generando una sensación compartida de incertidumbre y resignación, ya que están obligados a vender³² pues de otra forma el alga se pudre. Sin embargo, se observa que en algunos casos, y tras décadas de dependencia de interme-

³⁰ Gracilaria chilensis

³¹ Gigartina skottsbergii y Sarcothalia crispata

³² Ejemplo claro de ello es que los intermediarios están pagando actualmente la mitad de lo que pagaban el año 2016, sin que las familias insulares comprendan las razones de ello.

diarios, se despliegan estrategias que los evitan y negocian directamente con la industria, incluso comprando volúmenes de algas a otras islas, como ocurre con algunas familias de Apiao (Calderón y Morales, 2016).

Pesca artesanal y extracción bentónica

Si bien la pesca artesanal y la extracción bentónica representan una inmersión profunda en el modelo económico actual, aún preservan aspectos del modelo consuetudinario al ocurrir en un contexto de libertad aparente: la fuerza de trabajo sigue siendo la familia, inmiscuida en un sistema organizacional regulado por el Estado; existe un intercambio de fuerza de trabajo por dinero, incluso especulativo (cuotas de pesca); pero a diferencia del asalariamiento moderno, todavía persiste la posibilidad de decisión sobre los tiempos invertidos en la actividad, y tiempos también de ocio que no son regulados ni por la industria ni por el Estado. Ello vuelve a este gremio en un constructo intermedio entre lo consuetudinario y lo moderno: se arraiga al tiempo histórico toda vez que defiende su independencia, y se ancla en la modernidad cuando tiene que aceptar las nuevas regulaciones para existir, poniendo de por medio su voluntad colectiva en ello.

Reciclaje de boyas arrojadas por la marea y convertidas en una pequeña embarcación. Fotografía: Ricardo Álvarez 2016.

**REFLEXIONES EN TORNO A LA
CONSTRUCCIÓN DE UN IMAGINARIO DE
BIENESTAR: ATRIBUTOS QUE TENSIONAN
SU REALIZACIÓN EN LAS ISLAS**



Es complejo problematizar las razones que explican el actual abandono del modelo consuetudinario y el éxodo de jóvenes hacia las ciudades. Por un lado, existe un sentimiento de insatisfacción que afecta a las familias isleñas al referirse casi irrevocablemente hacia sus propias experiencias vividas, y que los motiva a enviar a sus hijos a vivir fuera de las islas. No desean que estas nuevas generaciones tengan que pasar por todos los “sacrificios” que ellos debieron asumir. Pero al mismo tiempo, se asume que habitar en las islas es mucho más sano, seguro y tranquilo, atributos que no existen en las urbes. No es menor esta reflexión colectiva, pues hoy en día actúa como un motor demográfico interno.

Esta problemática nos hace preguntarnos si en las islas se pueden satisfacer necesidades esenciales³³ (Max-Neef et.al, 1993), o contar con los recursos suficientes para vivir una vida digna³⁴ (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD). También, en paralelo, sobre los imaginarios de bienestar que compiten entre sí: por una parte las islas como espacios en los que es posible vivir de forma tranquila y segura, pero sacrificada, ya que es necesario realizar esfuerzos considerables para sostener al grupo familiar en un entorno que se vuelve cada día más asfixiante; y por otra parte la ciudad, inhóspita e insegura, pero que ofrece “facilidades” y permite la realización personal a través de la puesta en práctica de un título técnico/profesional y un salario estable (lo que contribuye al reconocimiento social mediante la participación).

Es arbitrario construir un cuadro dicotómico al respecto (Figura 18), ya que se trata de una reflexión colectiva muy diversa y dinámica. Sin embargo, forzar estas variables contribuye a simplificar una tensión que posee una escala temporal³⁵ y espacial³⁶.

³³ GSubsistencia, ocio, protección, participación, afecto, identidad, entendimiento, creación y libertad.

³⁴ Equidad (corresponde a la idea de justicia entre hombres y mujeres, grupos sociales, grupos étnicos, grupos generacionales y entre las actuales y futuras generaciones); Productividad (es la plena participación de las personas en el proceso de generación de ingresos); Participación (se refiere a la capacidad de las comunidades y grupos sociales para influir en las decisiones que afectan sus vidas); y Sostenibilidad (consiste en la libertad de ganarse la vida de forma continua y acceder a una justa distribución de los bienes).

³⁵ Existen atributos que hoy en día no logran recobrar el valor que tuvieron en el pasado.

³⁶ La proximidad con cabeceras comunales o grandes ciudades, así como el impacto de redes, genera un efecto mayor sobre algunos atributos.



Figura 18: Atributos asociados a la construcción de un imaginario de bienestar insular (manifestadas por sus habitantes) contrastando lo que advierten en ellas versus sus imaginarios de ciudad. Fuente: elaboración propia en base a trabajo de campo 2016-2017.

Trabajo

El concepto de trabajo bajo su modalidad asalariada facilita la idea de libertad: permite romper las brechas que hoy en día encierran a las familias isleñas al interior de sus islas y desplazarse por el país (mejor aún si se realiza contando con un título técnico y/o profesional). Pero este tipo de trabajo, incluso bajo condiciones indignas, como sucedía en las plantas procesadoras de salmonicultura (Terram 2005), ocurre hoy en día en el continente, Isla Grande y en las ciudades.

En contraposición, el trabajo “sacrificado” (consuetudinario), al tener serias dificultades para dialogar con el modelo imperante, se ve coartado, asfixiando a quienes lo aplican, ya que perdió el atributo de movilidad. Esto es tremendamente complejo, ya que invisibiliza la libertad intrínseca que

poseía antaño. No se trata de que sea ineficiente o anómalo, sino más bien que este estigma que carga refleja una situación inequitativa y arbitraria que es ejercida por un mundo globalizado que no acepta otros modos de habitar. La imposición de regulaciones externas sobre los procedimientos que aplican los habitantes insulares es un ejemplo de ello (la gestión colectiva del inter-mareal ocurre bajo el prisma institucional en la ilegalidad; la venta de ganado menor entre islas es un delito, etc.). Probablemente uno de los eventos más hostiles en la actualidad tiene relación con la obstrucción que advierten para comercializar sus productos en ferias urbanas (Imagen 13), hecho que rompe con una tradición histórica y económica que caracterizó al siglo *XX*. Lo más paradójico es que estas ferias (como Angelmó en Puerto Montt, o La Vega en Calbuco) se originaron precisamente gracias a estas familias navegantes:

“Antes éramos más libres para ir a vender nuestros productos. La gente llevaba un cordero, dos corderos y lo vendían en Achao, en Dalcahue y tenía para sustentar su casa. Hoy en día ya no se puede hacer. (Desde hace unos diez años hasta ahora) las cosas van siendo cada vez más difícil. La gente humilde vamos siendo cada vez más presionados, asfixiados, lamentablemente (...) Antes navegaban (libremente), no habían leyes como ahora. Ahora si una embarcación no tiene los equipos que se necesitan para navegar la autoridad está ahí”

(Hombre, isla Caguach, entrevista semi estructurada 2016);

“No podemos llevar nuestra carga porque no saco nada con llevar diez, veinte, treinta bolsas de papas: Llego en Achao ¡y no tengo lugar! (...) mi yerno llevó papas nuevas a vender, y lo estaba vendiendo por almudes. Llegaron los feriantes y fueron a llamar a los carabineros y los carabineros lo fueron a sacar de ahí (...) Entonces esos son temas importantes que la autoridad tiene que mirar”

(Hombre, isla Chaulinec, entrevista semi estructurada 2016)

“Los días sábado los carabineros nos corren, no nos dejan vender, porque no tenemos los carnet, las credenciales (...) la feria es la vida de la gente, acá en la isla todos vamos a vender. Aunque nos corran vendemos”

(Mujer, isla Huapi Abtao, focus group 2016)

“En Angelmó (feria de Puerto Montt) nos atropellan igual, los locatarios, que no hay lugar de nosotros”

(Mujer, isla Maillen, focus group 2016)

Todas estas restricciones inmovilizan a la mayor parte de los adultos, y a los adultos mayores, pues no tienen la posibilidad de cambiar su modo de vida. De esta forma, habitar en las islas del mar interior de Chiloé adquiere una connotación claustrofóbica, tal como ocurrió en los primeros tiempos de su colonización occidental. En el interior de ellas al menos están resguardados por los vínculos vecinales, pero con la constante tensión de no saber si esto perdurará en el tiempo.



Imagen 13: Mujeres isleñas venden sus productos bajo la lluvia en la feria de Angelmó, en Puerto Montt, luego de sortear a intermediarios y correr el riesgo de que las expulsen por no contar con permisos municipales. Lo paradójico es que esta feria de relevancia comunal, como tantas otras, nació gracias a las familias isleñas y sus navegaciones (Fotografía: Ricardo Álvarez, 2016).

Tenencias y carencias

El acceso a la ciudad está vinculado a la posibilidad de consumo, en un contexto global en el que muchas veces la única forma de compensar -al menos- fenómenos de inequidad, segregación y pobreza, se realiza a través de la adquisición de bienes materiales. Se trata de un fenómeno paradójico, muy estigmatizado por lo demás, pero que efectivamente demuestra lo perturbador que resulta el modelo de desarrollo actual. Pero más allá de ello, es la sensación de acceso a consumo uno de los aspectos que valoran positivamente quienes deciden migrar a la ciudad (claro ejemplo fue la demanda masiva de quienes viven en la Isla Grande por tener un mall).

Pero no se trata sólo del efecto que ha tenido el mercado del retail en ello, pues la percepción de carencias también ha sido estimulada por el Estado, gobiernos locales, organizaciones no gubernamentales, etc. cada vez que recalcan discursivamente las “no tenencias” isleñas en base a un ejercicio comparativo con lo que ocurre en el continente y, principalmente, en las ciudades y centros administrativos del país. Se construye así un arquetipo de habitante insular que posee -por sobre todo- “carencias”.

Desde el Estado se han invertido sumas importantes en equipamiento, hecho que es significativamente valorado por las familias y comunidades locales (sobre todo la luz eléctrica, mejoramiento de caminos internos y conectividad). Pero el protagonismo de dichas inversiones implica -en paralelo- invisibilizar recursos, capacidades y tenencias insulares, tal como simbólicamente se observa en la Imagen 14, que muestra una señalética estatal en mal estado ocultando la iglesia de isla Linlín. ¿Por qué señalamos esto?, porque para hacerse de estos “logros”, como refieren ellos mismos, es necesario reproducir precisamente un discurso marcado por un “no tenemos”, problemática que reside en el modo en el que las políticas públicas actúan hoy en día.



Imagen 14: señalética estatal que da cuenta de la implementación de obras en isla Linlín. Este fenómeno de visibilización de la inversión estatal muchas veces se instala invisibilizando el paisaje y sus recursos, como ocurre por ejemplo en isla Quehui, donde una señalética similar oculta el cementerio local.

Los habitantes insulares son enfáticos al recalcar que si declaran tenencias es más que probable que sus demandas queden rezagadas en favor de otras islas. De esta forma se construye un escenario de competencias entre pares, en el que el Estado y municipalidades son claves, y cuyo efecto acrecienta la percepción colectiva de no contar con los mismos beneficios que poseen quienes están más cerca de la estructura de oportunidades. Además, las políticas públicas actúan de preferencia en forma individual, o a lo más familiar, en un ejercicio a micro escala que, desde la perspectiva de

los habitantes insulares, está basado en el mismo procedimiento: se debe demostrar “no poseer” para ser beneficiado. Si, por el contrario, el esfuerzo familiar o personal se traduce en un logro, paralelamente se evalúa el costo que ello significó, pues es probable que el apoyo previo se pierda o disminuya. Quienes se arriesgan, por ejemplo, a través de una iniciativa productiva, advierten que han quedado solos, y se ven enfrentados a condiciones agrestes en un escenario altamente competitivo, sin redes de apoyo, y con el riesgo de perderlo todo a través del endeudamiento con bancos, etc. Esta situación resulta especialmente traumática para las generaciones adultas y de tercera edad, pues antiguamente los diálogos inter-islas y entre habitantes se establecían en torno a los logros obtenidos: la vivienda era reflejo de la fortaleza familiar; un campo “limpio” demostraba esfuerzo, sacrificio; un camino hecho a través de una minga explicitaba a una comunidad fuerte, activa, autosuficiente. ¿Cómo se le explica a estos actores que hoy en día deben ocultar esta capacidad de autonomía para resolver sus problemáticas?

Los pocos momentos en los que a una isla se le permite demostrar tenencias (sin que se le castigue con la indiferencia) ocurre cuando realizan fiestas costumbristas, ejercicio que muchas veces resulta sobre-intervenido y que, en la actualidad, también ha ingresado a una dinámica de competitividad inter-islas para obtener financiamiento municipal. En este sentido, subjetivamente, las ciudades ofrecen una imagen positiva, pues se escenifican a sí mismas como la mejor expresión de la estructura de oportunidades bajo el modelo actual.

Alimentación y unidad familiar

Un aspecto interesante con respecto al bienestar es la alimentación. La dieta insular se basa fuertemente en mariscos, productos hortícolas y ganado. Los peces, antaño abundantes, hoy en día son escasos, pues buena parte de ellos son extraídos para regresar convertidos en alimento para salmones. La canasta básica local es generada por el grupo familiar a través de su esfuerzo colectivo, y se complementa con alimentos procesados a partir de la venta de hortalizas en ferias urbanas, recolección de algas, trabajos ocasionales, etc. por dinero. Cada vez se hace más frecuente consumir “pan de

la ciudad” en las casas, o jurel en tarro, en un entorno que paradójicamente desbordaba antiguamente de ellos (Imagen 15). Considérese que la canasta familiar insular, en este sentido, difiere no sólo en su contenido respecto a la canasta de consumo estándar, sino también en sus costos, ya que son más altos que en las urbes, tal como ocurre con muchos otros territorios del país (Ortiz, 2013).

La evaluación sobre su calidad es diferencial: aquellos alimentos auto-producidos son buenos, sanos, limpios, naturales, y permiten vivir más años (de acuerdo a la percepción de estas familias); pero requieren un esfuerzo muy considerable respecto a lo que ocurre con la adquisición directa en el mercado de alimentos procesados, los que no sanos, están asociados a enfermedades como la obesidad, pero tienen “más sabor”³⁷ que los alimentos locales (ídem). También ocurre que consumir una canasta urbana los hace sentirse más integrados, pues los alimentos rurales son “rústicos”.



Imagen 15: Mercadillo local en isla Quenu con productos procesados. En la fila de abajo latas de jurel enlatado. Fueron capturados por la pesca industrial y regresan bajo esta forma en un paisaje que antiguamente desbordaba de los mismos (Fotografía: Jeannette Fredes, 2004).

³⁷ Hecho evidente si se consideran las dosis de aditivos que poseen los alimentos procesados. Esto ha hecho que las generaciones más jóvenes desestimen los alimentos caseros no por su calidad alimenticia, sino porque no logran competir con aquellos que poseen “más sabor”.

La ciudad, con su dieta cuestionable, resulta finalmente bien evaluada pues se tiene acceso a más alimentos, los que se vuelven muy visibles además si se piensa en las estrategias que utilizan principalmente los grandes supermercados para ello y el enorme despliegue propagandístico que existe en las vías públicas y medios de comunicación.

Eso sí, existe una diferencia importante si se considera el acto de alimentarse: en las islas todavía persiste el momento de “almuerzo en familia”. El valor social del alimento, como refuerzo de la cohesión social, es mucho más alto que en la ciudad, pues el grupo familiar fue gestor de buena parte de lo que se consume: las papas fueron sembradas, aporcadas y extraídas por toda la familia; lo mismo ocurrió con los ajos, habas, zanahorias, etc. Los mariscos fueron colectados reuniéndose en el acto con otras familias en el inter-mareal; la carne de chancho implicó todo un largo proceso de crianza, etc. Pero en la ciudad los hijos almuerzan disgregados en sus habitaciones, los padres ocasionalmente en casa (deben trabajar para producir el dinero que permite sustentar la vida urbana) y el valor del alimento es equivalente a lo que costó.

Tranquilidad, seguridad y solidaridad

Con respecto a la tranquilidad, seguridad y solidaridad, claramente se hace referencia a un entorno en el que los lazos de parentesco y amistad son una red que permite que todas las familias se apoyen mutuamente y estén pendientes de lo que sucede a los suyos. También, estas redes facilitan un acceso relativamente equitativo a los espacios y recursos insulares. Esta connotación es opuesta a la racionalidad global que enfatiza que el acceso y disfrute de ello está en directa relación con el capital con que se cuente y la capacidad de competir por sobre los otros. Bajo esta dinámica el vecino es un adversario. De esta forma, tales cualidades son atribuidas a la insularidad y difícilmente experimentables en la ciudad. La tranquilidad, atributo más frecuentemente aducido para describir a las islas por parte de sus habitantes, se relaciona con el acceso expedito a la naturaleza, sus paisajes sonoros, etc., imágenes contrapuestas a las del concreto y ruido de la ciudad. En este sentido también contribuye la constante amenaza que reproducen los medios de prensa al referirse a las ciudades como lugares

peligrosos, espacios en los que una persona agredida no consigue el auxilio de sus pares y, por el contrario, debe sufrir en soledad dicha experiencia.

La solidaridad insular posee múltiples manifestaciones: algunas, como la minga, en claro retroceso debido a la intromisión del dinero en los procesos productivos. Pero otras, como la que se asocia a seguridad familiar, se mantienen vigentes. Al plantear la pregunta: -“Si ocurre un accidente a un miembro de la familia, ¿a quiénes recurren?”-. La respuesta es constante: -“a los vecinos”-. Pero en la ciudad es la municipalidad quien tiene que hacerse cargo, pues se supone que éstos no se conocen:

“Si se enferma una persona, o fallece una persona, tiene mucha ayuda del prójimo. En la amistad, o en los dineros y también en lo económico. Porque si fallece una persona que es de escasos recursos: ¡allá vamos todos a ayudar con los que podemos! No llegamos y decimos –“Uuuu, te tocó la mala, falleció tu papá, tu mamá o tu marido, sin ningún aporte en dinero o en especies”- cosa que en el pueblo no ocurre eso. Que le muera su familia: ¿y quién le va a ayudar en una bolsa de papas o le va a ir a dar un kilo de arroz?”

(Mujer, isla Quehui, focus group 2016)

Pareciera ser que la ausencia de la institucionalidad en las islas permite, indirectamente, la persistencia (y resistencia) de modos de resolver los problemas que requieren la participación de la comunidad de forma protagónica. Lo contrario sucede en las ciudades cuando se resuelven de forma individual (o a lo más familiar) a través de servicios públicos, programas de asistencia social municipal (Badilla, 2006) o apelando a agentes de seguridad. Ello, porque precisamente la comunidad ha dejado de existir en la estructura de apoyo. Este fenómeno debe tomarse en cuenta a la hora de promover ejercicios de intervención en las islas: sería especialmente nefasto si la injerencia de actores públicos elimina o vulnera los actuales ejercicios de solidaridad insulares.

La naturaleza

La naturaleza tiene una significativa manifestación en la insularidad, la que cada vez cobra mayor valor en la medida que desde lo urbano, externo, se reproduce un discurso que la representa como un recurso que refiere bienestar y progreso. Esto es paradójico, pues el arribo de la modernidad bajo la figura de “fiebres”, y luego a través de la salmonicultura, señalaba a los isleños que era necesario sacrificar la naturaleza por el progreso. Hoy en día esa situación está cambiando y surge una resistencia cada vez mayor a su afección. Ejemplos recientes tienen relación con la vinculación que hacen los isleños respecto a la cada vez mayor escasez de agua con el cambio climático, la plantación de eucaliptus y la sobre-explotación de sphagnum; o la asociación entre aumento de eventos FAN y malas prácticas industriales. También se ve afectada la naturaleza por la constante llegada de basura originada por la industria acuícola, por arrastre de mareas (basura urbana), y por la basura domiciliar interna.

Es interesante también, aludiendo a un término previamente utilizado: “campo limpio”, cómo la visión entre las generaciones adultas y más jóvenes toma rumbos distintos al respecto. Para quienes vivieron el modelo consuetudinario un terreno cubierto de renoval³⁸ era “sucio”, y representaba la indulgencia de la familia propietaria, o su ausencia (por viajes de trabajo lejos del hogar), o la imposibilidad de trabajar (enfermedad o vejez). Pero para los jóvenes el paisaje boscoso significa recuperar un entorno que fue deteriorado durante la historia, y un recurso potencial futuro si se considera como un recurso competitivo en un paisaje nacional que cada vez se ve más carente del mismo. El propio bosque gradualmente cobra un sentido distinto: la selva de los siglos pretéritos era sinónimo de un habitar inhóspito y aislamiento; el bosque de especies exóticas (fomentado por el Estado) se implementó blindado por un discurso marcado por conceptos como “eficiencia” y “desarrollo”); y hoy en día, el bosque nativo es un elemento clave en la conservación del agua y servicios ambientales insulares.

³⁸ Bosque joven

Pero la naturaleza también se ve vulnerable a la enajenación, toda vez que se transforma en un potencial atractor de inversiones externas que buscan implementar proyectos de conservación “sin humanos” y con el beneficio de contar con importantes capitales para hacer realidad dichos imaginarios. Hasta ahora las islas menores no se han visto afectadas (exceptuando algunos espacios puntuales dentro de algunas de ellas), pero eso no quita el temor a que ocurra a futuro. En este sentido, la enajenación se sitúa en paralelo, como amenaza, a lo que sucede con las concesiones acuícolas que son igualmente excluyentes y no participativas.

El hábitat

Algo que las familias consideran un atributo positivo de habitar en las islas tiene relación con que sus espacios de vida son amplios, muchas veces con “paisajes” frente a la vivienda que en otra situación sería imposible tener para sí. Advierten en esta reflexión cómo en otras partes del país, y por sobre todo en ciudades costeras, quienes ostentan vivir en lugares similares son sólo “ricos”, que tienen el capital suficiente para tener una casa con vista al mar, o habitar junto a una extensa playa. De hecho, estos atributos en dichos lugares significan la exclusión de familias que pueden ser equivalentes en condición socioeconómica a ellos.

Pero este valor se ve mermado por la incertidumbre sobre la propiedad tanto de la tierra como de la isla en su totalidad, del inter-mareal y del mar. Ya referimos previamente que las viviendas son costeadas en su totalidad por las familias isleñas al no poder acceder a la estructura de oportunidades estatal debido a no contar con “papeles”. En el mar interior, el 84% de éstas posee menos de 100 metros cuadrados y, en su mayoría, poseen una materialidad precaria ante las inclemencias climáticas (CNE-PNUD 2004). El acceso a esta materialidad depende en buena parte de la adquisición de dinero, que es invertido en el retail urbano accediendo a una oferta de bajo costo. Como complemento, se refuerza la vivienda aprovechando la ocasional llegada de materiales flotantes que fueron abandonados, por ejemplo, por la industria acuícola.

Frente a ello surge la noción de seguridad del habitar en la ciudad, contexto en el que—mediando “papeles”— se es dueño de la casa y del terreno mismo, aunque ésta sea precaria y su ubicación ocurra en la periferia urbana, muy lejos del trabajo, educación y salud, o en torno a estos servicios pero de muy precaria calidad. Con ello cobra valor la certeza de ser reconocido legalmente por el Estado. Al inquirir respecto a las carencias insulares es frecuente que este ítem, la regularización de la tierra, no sea mencionado. No se trata de que no sea relevante. Por el contrario, es crucial y significa que hoy en día buena parte de la estructura de oportunidades estatal no puede operar en las islas. Pero resulta curioso que este mismo problema tampoco sea referido por las autoridades locales ni regionales. Al parecer, muchas de las carencias manifestadas por las familias isleñas son, en la práctica, la reproducción de los discursos que previamente hemos mencionado. ¿Por qué desde la institucionalidad se omite esta problemática?, porque al parecer hoy en día resulta insalvable, y por lo mismo, no se corre el riesgo de visibilizarla pues no se traducirá en una obra concreta.

Lo mismo sucede con figuras de administración en el inter-mareal y el mar: las áreas de manejo de recursos bentónicos (Amerb) son escenario de conflictos y competencias entre organizaciones de pescadores artesanales. Para acceder a ellas se requiere un complejo proceso de articulación y reforzamiento social, además de conocimientos técnicos, conocimiento acabado de la estructura de oportunidades y habilidades políticas, que en las islas se vuelve muchas veces insalvable. Entre todas las opciones existentes, probablemente la que más se aproxima a las necesidades actuales de las islas es la figura de Espacio costero de los Pueblos Originarios (Ecm-po), la que no se orienta a la explotación comercial del litoral pero exige ser postulada por organizaciones indígenas que el Estado reconoce legalmente. Sin embargo, existen esperanzas a medida que a nivel internacional surgen alternativas que, en lugar de segregar a las comunidades en base a criterios muchas veces impuestos, o fines comerciales, buscan reactivar un vínculo integral, como ocurre con Territorios y áreas de conservación de pueblos indígenas y comunidades locales (Ticcas, en Aylwin y Arce, 2012).

Salud y conectividad

En las islas aún es posible advertir el uso familiar y colectivo de plantas, algas y alimentos con fines medicinales. Respecto a ello, sus habitantes mencionan como aspecto positivo que estos elementos son gratuitos, de acceso libre y que sus efectos no conllevan perjuicios a la salud. Incluso el aire marino y el entorno son evaluados como factores que contribuyen positivamente a la longevidad y fortaleza de sus habitantes. A diferencia de lo que sucede en los centros de salud colapsados de las ciudades, en las islas la atención es personalizada y con un despliegue en terreno que difícilmente se experimenta en otras partes del país³⁹.

Pero cuando las enfermedades o urgencias son mayores no existe la posibilidad de elección (incluso subjetiva) que sí sucede en una ciudad. Esto se relaciona directamente con una conectividad que hoy en día es neurálgicamente vial, y con un Estado que distribuye sus servicios de forma centralizada. Es así como en las ciudades es muy fácil conectarse con diferentes puntos geográficos urbanos y nacionales, y acceder a diferentes ofertas de salud (muchas de las cuales evidentemente son excluyentes por el alto costo de las mismas). Pero el sólo hecho de ser una “opción” hace que vivir en una ciudad sea, en este sentido y subjetivamente una ventaja respecto a una isla.

A propósito de ello, se constata una importante inversión en conectividad náutica subvencionada, la que es altamente valorada localmente. Sin embargo, este transporte de bajo costo establece una comunicación unidireccional entre cada isla con su respectiva cabecera comunal (Hidalgo Et.al, 2015), y no entre islas, como ocurría antiguamente cuando los viajes no estaban mediados por una subvención. Si bien parece un detalle menor, esta unidirección ha debilitado las redes de intercambio, parentesco y vínculos festivos que mantenían las islas antiguamente. Por el contrario, los viajes se orientan básicamente para adquirir bienes en los supermercados, transportar educandos, realizar trámites y acudir a centros de salud de mayor envergadura que los existentes en las islas.

³⁹ Baste mencionar el ejercicio que despliega el Servicio de Salud Reloncaví y Chiloé en conjunto con la Armada de Chile (a través de la Quinta Zona Naval y el buque PMD Cirujano Videla) y lanchas rápidas municipales.

Es así como la salud, mediada por la conectividad, también se vuelve dicotómica: en las islas es de buena calidad pero limitada, mientras que en las ciudades existe una gran oferta (a pesar de que se sepa que se está excluido de buena parte de ella). Nuevamente opera aquí un imaginario (que tiene elementos objetivos, pero también muchos subjetivos) que equilibra la balanza hacia las ciudades en desmedro de las islas.

Hacer “milagros” con poco

Algo muy valorado en las islas se relaciona con la capacidad de administración de la economía familiar: en ellas sus habitantes manifiestan que “hacen milagros” con muy poco, pero en la ciudad dicha habilidad se pierde y se desata un consumismo insustentable, invisibilizado por la capacidad de endeudarse con tarjetas de crédito de grandes tiendas comerciales. Es evidente que el modelo consuetudinario obliga a quienes lo reproducen a tener que planificar con mucho cuidado los eventuales gastos en que deban incurrir durante el ciclo anual. Hacerlo mal puede significar incluso la pérdida del patrimonio familiar y la migración forzada hacia las ciudades buscando asilo. Es por ello que la familia organiza y decide colectivamente las múltiples actividades que se despliegan a lo largo del año, transitando entre la agricultura de subsistencia y la recolección/captura de autoconsumo, hasta la recolección de algas, “changas” y acceso a jubilaciones que incorporan dinero en efectivo para interactuar con la modernidad.

Muchos gastos no sólo se realizan en las islas, ya que hay que costear el proceso formativo de los jóvenes. Ante esta situación los adultos y adultos mayores asumen que son ellos quienes deben “apretarse el cinturón” para que los escasos excedentes permitan a sus hijos, que estudian en las ciudades, llevar una vida lo más cercana posible a sus pares urbanos, cuyos padres reciben mensualmente un sueldo.

Frente a ello surge nuevamente un imaginario de bienestar que puede ser discriminado para comprender mejor el fenómeno: las islas pueden ser habitadas acudiendo a una habilidad administrativa que se adquiere bajo el modelo consuetudinario en relación a su interacción con el modelo global. Esta capacidad, según manifiestan las familias isleñas, es un patrimonio femenino, y son ellas quienes la transmiten de una generación a

otra. También tiene relación con la inteligencia mencionada en capítulos anteriores: la capacidad de transformar lo que parece inhabitable en una oportunidad para permitir la vivencia de la unidad familiar. Pero en la ciudad ocurre un fenómeno paradójico: es posible gastar más de lo que se posee, dado que existen más facilidades para endeudarse y, con ello, cubrir la realidad. De hecho, en las urbes quienes han migrado pueden ostentar más cosas y participar, en apariencia, con mayor protagonismo en la estructura de oportunidades, aunque ello signifique que, implícitamente, esté ocurriendo lo contrario.

Desarraigo y educación

Dado que este ítem es probablemente crucial en la construcción de un imaginario de bienestar y en procesos migratorios, se destinará un mayor espacio para su problematización.

El acceso a trabajos asalariados en el continente y la Isla Grande se ha hecho muy difícil en el último tiempo, principalmente debido a que cada vez es más frecuente que el empleador exija contar con educación media completa para acceder a contratos laborales, excluyendo con ello a cientos de isleños que no pudieron hacerlo en su proceso formativo: “Me preguntaron una vez si tenía el cuarto medio y le dije que no (...) Le dije octavo. —“Ah”—me dijo—“entonces no te recibieron porque sin cuarto medio no te reciben” (Mujer, isla Quehui, focus group 2016).

Esta exclusión ocurre tanto dentro como fuera de las islas: dentro, cuando se trata de la implementación de obras (construcción de un gimnasio, pavimentación, etc.) o acuicultura, entre otros; y fuera, respecto de un amplio abanico de trabajos que antes eran parte de la estructura de oportunidades insular. Este aspecto es importante pues da cuenta, a micro escala, de lo que ocurre a nivel regional: en Los Lagos la tasa de analfabetismo sigue siendo más alta que el promedio nacional, y la escolaridad menor al promedio nacional (Casen 2013). Esto influye en la calidad del empleo que está disponible para los cientos de isleños que no completaron su educación media, dado que en la totalidad de sus islas sólo existe educación básica (32% hasta 8° básico, 52% hasta 6° básico y 16% hasta 4° básico).

A partir del año 2003 la educación media es obligatoria (Ley 19.876), y se ha invertido fuertemente en conectividad subsidiada e infraestructura escolar para asegurar su cumplimiento, ejercicio que es reconocido y valorado por las familias insulares. Pero persiste una población adulta importante que no ha podido completar su proceso formativo. Las opciones para revertir este problema (nivelación de estudios) generalmente ocurren en las capitales comunales, lejos de las islas de residencia de los y las afectadas. El problema del trabajo asalariado se agudiza si se considera la actual automatización de la industria acuícola y la tensión que vive hoy en día la pesca artesanal demersal y bentónica. Es así como se ha incrementado el empleo informal, precario y oscilante, en un contexto regional que paradójicamente anuncia ser uno de los lugares con menor desempleo a nivel país. La propia educación es percibida diferenciadamente por sus habitantes: las escuelas rurales son referidas como “precarias” (aunque hayan sido refaccionadas y tengan un equipamiento muy superior al que se observa en muchas ciudades), mientras que las urbanas poseen la ventaja de ofrecer una educación continuada desde básica a media (aunque ello ocurra en condiciones cuestionables e inequitativas).

Dado que en las islas de estudio no existen centros educacionales que impartan educación media, se ha invertido en una alta movilidad de estudiantes hacia las capitales comunales o, en su defecto, hacia localidades continentales o islas de mayor tamaño que sí la otorguen. Para ello se han implementado lanchas subsidiadas con una alta frecuencia, que facilitan el traslado semanal de estudiantes, e incluso diario (Imagen 16).



Imagen 16: escolares subiendo a una lancha de recorrido en isla Laitec, rumbo a la ciudad de Quellón, donde se mantienen durante la semana en pensiones o internados (Fotografía: Ricardo Álvarez, 2010).

Este incremento en la movilidad de los estudiantes espera revertir el efecto de desarraigo que generaban los largos períodos de internado para los niños y niñas insulares (que implicaban en ocasiones meses de desconexión). Esto no es menor si consideramos que la edad promedio de migración hacia internados o pensiones es alrededor de los 12 años para la mitad de los y las estudiantes insulares. Esta edad es relevante, pues la discontinuidad con la vida familiar y participación en los procesos de producción impide la adquisición de los conocimientos y habilidades para poder desenvolverse autónomamente a futuro en el contexto consuetudinario insular. Dicho de otro modo: es improbable que quienes no tuvieron este proceso formativo familiar puedan desempeñarse en labores agropecuarias y pesqueras a futuro con la misma eficiencia que sus padres. Lo paradójico es que tanto la agricultura como la pesca —oficios altamente devaluados desde la modernidad— pueden ser muy eficientes en sus contextos tradicionales sin mediar la educación formal ya que dependen de otras formas de educación: familiar, colectiva, etc. De esta forma, la educación media, técnica y superior ponen en riesgo el futuro de las islas pues en ellas no existen las opciones para que estos jóvenes puedan desenvolverse y sólo existen posibilidades para ello en las ciudades. Es así como podemos afirmar que la actual educación rural en Chile es formadora de personas urbanas. Los escasos eventos de retorno de estos estudiantes son destinados principalmente para descansar y no participar de las labores domésticas:

“Los chicos que van a estudiar se olvidan del trabajo del agricultor. ¿Por qué?, porque se dan el lujo de estar solamente en sus estudios. Llegan después en la casa pero no quieren hacer nada (...) ya no quieren ensuciarse. Tampoco se les obliga porque no va a estar peleando el rato que lleguen y ya no va a empezar a pelear con los hijos”
(Mujer, isla Quehui, focus group 2016)

Ahora bien, es necesario observar las cifras pues tienen una estrecha relación con los obstáculos que advierten las familias isleñas en su vinculación con el exterior. En el mar interior, con algunas excepciones (ausencia de información para algunas escuelas muy pequeñas en islas), el promedio en el porcentaje de vulnerabilidad escolar (IVE) era de 82,07%, muy superior

al 69,1% regional (Simce 2015). El promedio de escolaridad de los padres era de 8,9 años⁴⁰, a diferencia de los 11 regionales, cifra que incluso está por debajo de la cifra nacional de 1990: 9 años de escolaridad. Todo ello es importante si se considera que:

“(...) el nivel de escolaridad continúa siendo relevante en el acceso a empleo e ingresos, ya que en el período de levantamiento de la encuesta (noviembre 2015-enero 2016) se encontraba ocupado el 85,4% de los hombres y el 73,1% de las mujeres que había completado la educación superior, mientras que entre quienes sólo tenían enseñanza básica completa, estaba ocupado el 67,7% de los hombres y el 33,1% de las mujeres. Además se observa que los años de estudio influyen en el ingreso, puesto que una persona que completó 12 años de estudio alcanza un ingreso mensual promedio de \$347.084 mientras que una persona que completó 17 años de estudio, lo que equivale a una carrera universitaria completa, alcanza un ingreso mensual promedio de \$975.872 (pesos de noviembre 2015)”⁴¹.

Estos datos⁴² explican de manera importante por qué existe un imaginario de bienestar “externo” tan valorado por los isleños, tanto adultos como jóvenes. Es por ello que la tecnificación y/o profesionalización, estimulada tanto por los docentes como por las propias familias, plantea un viaje hasta

⁴⁰ Misma cifra que presentaba el promedio poblacional de la región de Los Lagos en el año 2005.

⁴¹ <http://www.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/noticias/2016/12/29/escolaridad-promedio-de-los-chilenos-aumento-a-11-anos-en-2015>

⁴² Ahora bien, es importante observar esta situación disgregada por conjuntos de islas: en el grupo insular contenido en el seno de Reloncaví (en este caso con antecedentes completos para las islas Maillen, Guar, Tabón, Queullín y Huapi Abtao; y parciales para Quenu) el 67% de ellas tiene acceso a 8° básico. La escolaridad promedio de los padres es de 8,1 años y los estudiantes presentan un 87% de vulnerabilidad social. En el grupo Butachauques (con antecedentes completos para Cheniao, Mechuque, Añihué y Butachauques, sumando además a isla Caucahué, de la misma comuna de Quemchi; y parciales para isla Aulín), sólo un 34% de las islas tienen 8° básico y los estudiantes presentan un 82,6% de vulnerabilidad escolar. En el grupo Quinchao (con antecedentes completos para Tac, Linlín, Llingua, Meulín, Quenac, Caguach, Alao, Apiao y Chaulinec), el 78% de las islas tiene educación hasta 8° básico. La escolaridad de los padres es de 9 años y los estudiantes presentan un 80,9% de vulnerabilidad escolar. En las islas Chelín y Quehui, pertenecientes a la comuna de Castro, se aprecia un 100% de acceso a 8° básico, y los estudiantes presentan un 83,3% de vulnerabilidad escolar. En el grupo Desertores (con antecedentes completos para Chulín, Chuit y Autení, y parciales para Nayahué y Talcán) sólo isla Chulín posee 8° básico. Los apoderados tienen 8,7 años de escolaridad, y los estudiantes presentan un 84,3% de vulnerabilidad escolar. Finalmente, en el grupo más austral (con antecedentes completos para Tranqui, Chaullín, Cailín y Laitec; y parciales para Acuy y Coldita), sólo el 25% de las islas tiene acceso a 8° básico. La escolaridad de los padres es de 9,3 años, y los estudiantes presentan un 77,8% de vulnerabilidad escolar.

ahora sin retorno. Al inquirir a los docentes insulares su opinión respecto a qué es lo mejor para los niños y niñas, la respuesta recurrente es que deben irse. No se trata de una afirmación sencilla: los docentes rurales son conscientes de que durante el proceso formativo se inculcan expectativas que no tienen posibilidad de ser satisfechas en las islas. Ante ello, es necesario considerar que la fuga adquiere una connotación positiva para estos actores pues permite, al menos, dejar abierta la posibilidad de realización en otra parte, aun cuando no se asegure aquello:

“Uno como profesor siempre fomenta que los niños adquieran mayor educación. Todo nuestro objetivo es que los niños del área rural vayan a la ciudad. Después que terminen una enseñanza media, ¡ojalá vayan a la universidad! Ese es el objetivo de todos los profesores. O sea: darles más educación para que tengan mejores herramientas para defenderse en la vida. Entonces ellos, si llegan a la enseñanza media y después a la universidad, su visión de vida no va a ser volverse a la isla porque no tienen en qué trabajar. Los jóvenes no van a volver. Nosotros los estimulamos a que sean mejores, a que les vaya bien en la vida: ¿y cómo les va a ir bien (si se quedan en la isla)?!”

(Docente isla Chelín, entrevista semi estructurada, 2016)

También, porque advierten problemáticas familiares locales que dificultan la adquisición de habilidades “globales” por parte de los niños. Dicho de otro modo: para fomentar la formación de un estudiante con la capacidad de interactuar con un mundo global es necesario que se impregne de aquello, hecho que no ocurrirá en la isla considerando como referente a su familia de origen, empapada en un modelo “anacrónico y rústico” (invisibilizando aquellos atributos creativos que posee el mismo modelo). Aún más, reconocen que se evita que estos estudiantes se vean frustrados al quedarse, y adquieran malas prácticas, como alcoholismo, amenaza que muchas veces ya se experimenta en sus propios hogares y afecta a miembros de mayor edad de sus familias, quienes no tienen posibilidades de salir. Es por ello que los costos del desarraigo a temprana edad se evalúan, finalmente, como un ejercicio positivo, en el que las propias familias participan y estimulan desde la más tierna infancia:

“Uno como padre igual le inculca a sus hijos que tienen que irse a estudiar. Que terminando octavo tiene que irse a estudiar a Puerto. Desde chiquititos yo a mis hijos les fui diciendo –desde tal edad usted tiene que aprender a hacer sus cosas solo, que bañarse, que lavar su ropita solito, porque va a llegar tal edad y ustedes tienen que irse a Puerto Montt y allá no va a estar la mamita para que le haga todas las cosas-”

(Mujer, isla Maillen, focus group 2016)

Finalmente, se manifiesta localmente el efecto que ha tenido el acceso a la educación media y técnico/superior en la natalidad insular y en los costos familiares: antiguamente las familias eran muy numerosas pues los hijos e hijas se constituían en fuerza de trabajo bajo la modalidad de “sacrificio”, pero sin la opción de estudiar. Hoy en día, por el contrario, deben hacerlo, y eso conlleva un costo que hace insustentable para una familia isleña tener muchos hijos:

“Es que en aquellos tiempos los hijos que eran mayores se unían con el papá, con la mamá, de apoyarse, de poder sacar recursos para poder mantener a los que venían más chicos. Hoy día eso casi no pasa porque hoy día ha cambiado la vida. Por esa misma razón quizás el matrimonio no quiere tener más hijos porque ellos están pensando que cuál es la herencia que le va a dejar: la educación. Porque más de dos hijos, tres, no se puede pa’ darle educación, dejarlos bien formados, porque (...) ¿qué le va a dejar? Y lo que más le puede dejar uno es el estudio. Que tenga una profesión el día de mañana, que se gane la vida de otra forma, que no sea como uno (...) Uno se siente contento porque los hijos, lo que uno no fue, hoy día uno le da alegría porque ellos ya son unas personas con profesión”

(Hombre, isla Quehui, entrevista semi estructurada 2016);

“Cholchén”, apozadero tradicional familiar para conservar vivos los mariscos. Isla Quenu. Fotografía: Ricardo Álvarez 2016.

**LAS ESTRATEGIAS: QUEDARSE, IRSE,
E IRSE Y REGRESAR**

En las islas de estudio hemos constatado al menos tres estrategias colectivas e individuales que dan cuenta de cómo interactúan los habitantes insulares con la estructura de oportunidades externa: (i) Quedarse, lo que implica haber mantenido el modelo consuetudinario y sus adaptaciones creativas y resistentes ante la modernidad (pesca artesanal, buceo extractivo, recolección de algas, recolección de sphagnum, etc., o haber experimentado el trabajo asalariado local en balsas jaulas salmoneras); (ii) Migrar sin retorno, fenómeno especialmente activo desde fines del siglo *XX*; y (iii) Migrar y regresar, ejercicio con larga data histórica en las islas que ha mermado su frecuencia a partir de las últimas décadas del siglo *XX* y que hoy en día manifiesta tres modalidades generales: regresar como asalariado profesional (docencia y salud principalmente), regresar debido a que en el exterior las brechas han sido tan significativas que han impedido la posibilidad de sortearlas (por ejemplo, la exigencia de contar con educación media completa para acceder a trabajos dignos y bien remunerados); y regresar para pasar los últimos días de vejez en un entorno de tranquilidad y seguridad.

Quedarse

“La gente que no estudió se quedó en la isla” (Hombre, isla Quehui, entrevista semi estructurada 2016). Esta frase es crítica, ya que da cuenta de que quienes aún adhieren al modelo consuetudinario y residen en las islas no siempre lo hacen por voluntad propia, sino también por la cada vez más notoria brecha entre la estructura de oportunidades externa y las capacidades y recursos que poseen para movilizarse. Es lamentable que se reproduzca esta autopercepción pues también da cuenta de la devaluación que ha adquirido la propia experiencia e historia de estas familias frente a la globalidad.

El acomodo de los que se han quedado ha implicado hoy en día:

- (i) Mantener una dispersión espacial tradicional. Esta dispersión es relevante pues facilita la implementación del modelo consuetudinario que, como se ha referido previamente, no es precisamente generoso en la producción de dinero, pero sí es muy potente para sostener a grupos familiares pequeños de forma estable a lo largo del tiempo. Por sobre todo, les otorga

autonomía frente a la dependencia salarial que exige ineludiblemente la vida en la ciudad: *“En Calbuco si no tienes plata no comes. En cambio en el campo tú plantas y de eso mismo consumes”* (Mujer, isla Quenu, entrevista semi estructurada 2016), y también, autonomía ante eventos críticos en su vínculo con el exterior, como la imposibilidad de vender mariscos durante meses tras el último y masivo evento FAN del 2016: *“(…) fueron cuatro meses que la gente no pudo extraer mariscos (…) para poder comercializarlos (…) pero la gente se dedica acá a sus hortalizas, siembra papas para que les dure todo el año (…) está asegurado por esa parte”* (Mujer, isla Guar, focus group 2016).

- (ii) La reubicación de familias desde su dispersión original hacia micro urbanizaciones costeras (Figura 19). Este fenómeno se explica porque se accede a una conectividad más frecuente al estar próximos a las rampas costeras (y el tránsito hoy en día subvencionado). Pero por otro, porque hemos advertido que algunas inversiones del Estado se ven facilitadas si los vecinos se agrupan. Este fenómeno se debe a que la ejecución de políticas públicas frecuentemente se realiza tercerizada por la empresa privada, la que busca generar lucro abaratando los costos de implementación. De esta forma, la dispersión consuetudinaria es un obstáculo pues encarece las obras, por lo que se sugiere a los habitantes aproximarse unos a otros para poder instalar dichos “adelantos”. Esta situación debe ser reflexionada institucionalmente pues no sabemos a ciencia cierta si estas urbanizaciones son sustentables, a largo plazo, en contextos insulares.

Quedarse implica reproducir el modelo consuetudinario a sabiendas de que hoy en día ocurre en la informalidad (objetivamente, la ilegalidad), ya que se insiste en recurrir a acuerdos y procedimientos locales que facilitan el acceso colectivo a los recursos de tal manera de tender hacia una explotación equitativa de los mismos, en lugar de competir entre sí. Si se aceptaran las reglas fomentadas oficialmente las comunidades isleñas deberían formalizarse y competir entre sí, iniciando con ello un derrotero en el que primarían los conflictos internos. La interacción con modelo económico actual los perjudica, pues son afectados por tratos inequitativos e injustos por parte de intermediarios, y segregados de fondos concursables o programas de apoyo que exigen la privatización de los espacios de trabajo.



Figura 19: concentraciones humanas (verde) dan cuenta de ejercicios de micro-urbanizaciones que, entre otros aspectos, se explican por la forma en la cual se implementan las políticas públicas mediadas a través de la empresa privada, que fomenta la aproximación de viviendas para abaratar costos de inversión. También refleja, en paralelo, el eje de poblamiento histórico que sigue vigente después de siglos de implementación. Fuente: adaptación sobre la base de mapa elaborado por Pablo Loyola, en Fondecyt 1121204.

Pero quedarse también significa especializar las habilidades de administración ya referidas, que hacen que con muy poco dinero se cubran las necesidades elementales de las familias. Esta capacidad es muy bien valorada y les permite sentirse más competentes que aquellos que habitan las ciudades, quienes demuestran una alta frecuencia de “derroche” y endeudamiento. Pero por sobre todo, los faculta para sortear crisis de enorme envergadura, como las ocurridas durante el año 2016 y que hicieron visibles, como afectados, a quienes habitan la Isla Grande y el litoral continental. Los y las isleñas también fueron afectadas, pero debieron y pudieron resistir en silencio, como actores invisibles a los bonos y asistencia estatal. A lo más, accedieron a empleos estacionales a manera de compensación.

Finalmente, quedarse significa enfrentarse a la asfixia en incremento que advierten respecto a las normativas estatales que les demuestran que las tierras, playas y mar que habitan no son de su propiedad, y que para utilizarlas deben adherirse al modelo económico actual: transformarse en “emprendedores” a través del endeudamiento, en un contexto en el que el Estado no les asegura la rentabilidad de dicha opción.

Irse

Este fenómeno forma parte de la historia insular, y se vincula a la capacidad de identificar oportunidades en el exterior que, sopesándolas frente a las oportunidades internas, motivaron la residencia permanente fuera de las islas de origen. En esta decisión no solamente se pusieron en juego aspectos objetivos, sino que muchas veces influyeron imaginarios de bienestar que no necesariamente se cumplieron.

Existen muchas experiencias de mujeres que durante el siglo ~~XX~~ establecieron una migración hacia Santiago, Puerto Montt o ciudades de la provincia para desempeñarse como asesoras de hogar. Esta fuente laboral motivó la partida sucesiva de sobrinas e hijas de vecinas que escuchaban los relatos de aquellas mujeres que regresaban, cada tanto, a las islas de “visita”. Lo que destacan es que evalúan que en las islas, los hombres poseen mayores oportunidades que ellas, y la migración cobra sentido, en este contexto, como una búsqueda de reconocimiento:

“Siempre son los hombres po’. Las mujeres, nosotras las que estamos “fritas” en la isla. Los hombres siempre hacen llegar el sustento del hogar. Nosotras no tenemos trabajo⁴³. Dependemos del trabajo de las casas y ahí hay que esperar (...) Es que por eso que la gente se va al pueblo porque trabajan hombres y mujeres”

(Mujer, isla Quehui, focus group 2016);

“Para una mujer más que nada quedar viviendo en la isla como que no hay mucho campo laboral, salvo la agricultura, la pesca, el mariscar, que son las fuentes laborales de la isla para la gente”

(Mujer, isla Quenu, entrevista semi estructurada 2016)

“Por eso mis hijas no deje ninguna, las saque de aquí, traté de sacarlas, todas se fueron vivir en el pueblo, pa’ que tengan mejor vida, ¡pa’ que tengan mejor vida que yo vivo!, no sigan el mismo camino que yo estoy. Así fue mi lema, estoy contenta que mis hijas están en el pueblo”

(Mujer, de isla Alao. En Gajardo, 2015: 180)

En estas afirmaciones se refuerza la devaluación de la experiencia vivida en pro de un mejor porvenir, más fácil, para las hijas e hijos. ¿Pero se cumple esta expectativa? Existen muchos ejemplos en los que la partida implicó constatar que las ciudades no son efectivamente lo que prometían, porque el trabajo asalariado existe, pero su acceso es difícil y se hace necesario competir fuertemente con otros migrantes y personas urbanas; también, porque para trabajar es necesario residir en viviendas que con frecuencia están muy lejos del trabajo, lo que significa un costo en transporte y alimentación, gastos que con frecuencia no forman parte del patrimonio de quien migra desde las islas. Esta situación es especialmente notoria para quienes no pudieron acceder a estudios técnico/superiores y buscan empleos de baja calificación.

⁴³ En referencia a trabajo asalariado, pues sí son protagónicas en el trabajo bajo la modalidad consuetudinaria

Quienes decidieron formar una familia en la ciudad debieron desarticular sus redes de parentesco con las islas y perder la posesión de la tierra. Ante ello, muchas migraciones han ocurrido sin retorno no porque exista una voluntad en ello, sino porque ya no existe la posibilidad de hacerlo. Los hijos urbanos de estos migrantes no están dispuestos a asumir un modelo de vida que desconocen y que en sus entornos es mal mirado. Es importante dar cuenta de que quienes se quedaron en las islas son conscientes del sufrimiento que experimentan los que no pueden retornar:

“Yo tengo mucha gente conocida en Achao, personas que están mucho peor que mí y ni siquiera tienen pensión, ni siquiera el asistente social los va a ver a su casa, no tienen casa, andan arrendando y ellos de alguna manera tienen que vivir. Eso sí que es terrible porque ellos con una casita donde están arrendando no tienen un huerto, no tienen nada, nosotros por lo menos acá tenemos”

(Mujer, isla Talcán, entrevista semi estructurada, 2016);

“En la ciudad pierden su familia. Porque los niños: no está la madre ni el padre en el hogar. El niño sale al colegio como puede y la madre trabajando y el padre trabajando. Llegan tarde y nunca a la casa. Entonces no hay convivencia de hogar. ¡No se sientan en una mesa a comer! (...) ¡si aquí había gente antes montón!, pero ahora dejaron sus campos, dejaron sus casitas, y todo el pueblo por estar en una pieza hacinao (...) eso no puede ser una convivencia sana.”

(Mujer, isla Quehui, entrevista semi estructurada 2016)

También hay casos de isleños que partieron al exterior y lograron hacerse de una situación laboral segura: comerciantes, profesionales, etc., y que valoran positivamente el cambio desde la vida “sacrificada” de sus progenitores a una vida urbana, e incluso periurbana, con mayor acceso a los beneficios de la modernidad. En estos casos advertimos la ocurrencia de retornos estacionales (Imagen 17) que son muy bien valorados, pues además mantuvieron lazos de parentesco con las islas y que reproducen periódicamente a través de paseos familiares a fin de año, participación activa

en festividades religiosas (Yáñez y Fischmann, 2016) o la recolección de algas colectiva (sobre todo por parte de estudiantes y profesionales jóvenes que viven en las ciudades pero advierten que esta actividad complementa de manera importante sus economías personales y familiares), o cuando se reinventa la propiedad bajo la figura de parcela de agrado, lo que les permite reactualizar un imaginario de bienestar insular pero sólo como espacio recreacional. Dentro de las islas se les considera “visita” y no como isleños: “Vienen a pasear, pero ya hace la cuenta que son visita (Hombre, isla Quehui, entrevista semi estructurada 2016).

Muchos de estos visitantes fueron alumnos de los profesores que aún imparten clases en las islas. Para ellos es un logro ver a estos jóvenes con títulos técnicos o profesionales y viviendo lejos. Lo paradójico es que muchos de estos docentes son de origen isleño, estudiaron lejos, pero decidieron retornar. Entonces, ¿cuál es el motivo para insistir en ello? La razón que constantemente responden es que advierten que el bienestar de dichos jóvenes tiene más posibilidades de ocurrir fuera de las islas, en el continente, a menos que hayan optado por las dos áreas que tienen disponibilidad en las islas: docencia y salud.

En muchos casos se observa que para adultos y adultos mayores, que residen en las ciudades y probablemente no regresarán, existe la añoranza de regresar, sobre todo por la tranquilidad y seguridad que asocian a sus espacios de infancia. Pero tal como se mencionó, este anhelo no tiene posibilidad de realizarse ya sea por obligaciones familiares, vejez, etc. Para los más jóvenes, quienes también manifiestan una idea similar, esta futurización incluye la posibilidad especulativa de implementar proyectos o iniciativas que han observado en otros lugares, sobre todo asociados a turismo de intereses especiales. Pero advierten que en esos casos se trata de emprendimientos que contaron con un fuerte capital de por medio, amplias redes de respaldo, e incluso ahorros significativos para sortear los primeros años de implementación. A pesar de ello, y aunque aún sean un grupo humano en estado “embrionario”, poseen cualidades que a futuro podrían motivar un retorno hacia las islas, ya que tienen a su favor una formación profesional/técnica o la experiencia suficiente para iniciar proyectos comerciales y acceder más fácilmente a la estructura de oportunidades

y sus complejidades; valoran la naturaleza como elemento necesario para asegurar una buena calidad de vida; y refieren positivamente el modelo consuetudinario de vida como un recurso competitivo frente a las externalidades negativas del modelo global (aun cuando son conscientes de que no poseen las habilidades -no las adquirieron- para reproducirlo).



Imagen 17: lancha de recorrido rural regresando a isla Caguach. Muchos de los pasajeros son familiares que visitan a sus parientes y que sólo estarán durante unos días, o semanas en el caso de participar de la recolección de algas, pero finalmente retornarán a las ciudades donde han establecido sus proyectos de vida (Fotografía: Ricardo Álvarez 2008).

Irse y regresar

Es interesante constatar que la intención de regresar es constante. Es la tranquilidad y seguridad uno de los motores más relevantes que buscan quienes logran hacerlo. Pero para que ello ocurra se requiere, en la mayoría de los casos, un capital suficiente para poder reactivar el espacio de vida (“limpiar” los campos que quedaron abandonados, restaurar la vivienda o construir una nueva, asegurar un ahorro para sustentarse un número razonable de meses iniciales, etc.). Los docentes y paramédicos rurales demuestran ser, como se refirió previamente, una opción viable para que jóvenes isleños regresen y planifiquen proyectos de vida familiar en sus propias islas de origen, o en otras islas, recibiendo por ello un salario regular. Esto es importante ya que hasta hace poco se suponía que el motor para revertir la migración eran inversiones públicas, como la luz eléctrica, caminos, etc., las que suplirían demandas de larga data. Pero la experiencia ha demostrado que no bastaba:

“En Tabón nadie regresa, yo creo que he sido la única. Por las pocas oportunidades, porque en las islas no hay. Si hubieran trabajos, hubieran jardines (infantiles), hubieran empresas que necesitaran acuicultores, ¡ahí si volverían!, porque tendrían trabajo. En mi caso se dio la posibilidad de que la paramédico de acá salió y yo postulé a estar acá. Porque para que vuelvan primero era la luz. En mi caso yo dije: -“si en mi casa no hay luz yo no voy”- (pero finalmente el motivo de regreso fue la opción laboral).
(Mujer, joven, isla Tabón, entrevista semi estructurada 2016)

“Soy profesora (originaria de Chelín) y estoy actualmente ejerciendo esa profesión alrededor de cinco o seis años, y actualmente trabajo en las islas de Quehui y Chelín (...) tengo varios colegas que son de la misma isla y que se quedan en la isla. Quizás a uno le gusta por la tranquilidad, porque uno se creció en otro ambiente: valora la tranquilidad, el poco ruido, entonces quizás uno tiene esa visión”
(Mujer joven, isla Chelín, entrevista semi estructurada 2016)

El comercio a través de mercadillos, el transporte marítimo, la acuicultura informal, u oficios como carpintería de ribera y carpintería, también se configuran como una opción, pero de mayor riesgo versus un contrato salarial, pues dependen básicamente del autoempleo y la creatividad de la unidad familiar para hacer dialogar el modelo tradicional con la modernidad.

Por otro lado, también regresan adultos mayores que, considerando sostenerse con una pensión mínima, buscan un espacio de resguardo acogiéndose a redes de parentesco o vecinales que al menos se preocupen de ellos cuando ya no sean autovalentes:

“En Castro no me hallé. Estaba con una hija, pero no me encontré bien porque no estaba bien. Me gustó venir porque yo fui nacida y crecida acá en esta isla. Y le tenía mucho amor acá en mi campito que dejé, en mi terreno, mis cosas que lo vendí, lo vendí barato. Tenía gallinas, tenía chanchitos, todo lo vendí por irme a Castro. Ahora volví otra vez, ahora hasta que me muera” (Mujer, isla Quehui, focus group 2016).
(Mujer, joven, isla Tabón, entrevista semi estructurada 2016)

En la gran isla Puluqui, en la comuna de Calbuco, se está manifestando un importante fenómeno de micro-parcelación familiar que da cuenta de un evento de regreso que recién se está gestando. Al revés del proceso de pérdida de población que ocurre en las islas menores, en este caso se está incrementando. Ello se debe, creemos, al mejoramiento en conectividad de dicha isla –inmediata a la ciudad de Calbuco– y la posibilidad que ofrece a familias jóvenes de sostener un ejercicio asalariado en la ciudad al mismo tiempo de habitar la ruralidad. En la práctica, este fenómeno constata cómo esta isla se ha “continentalizado” y se comporta de forma rur-urbana. Pero en las islas menores no se advierte esto, salvo en casos muy puntuales, como isla Tac (en la comuna de Quinchao), o Chuit (en la comuna de Chaitén), donde el ejercicio formal de pesca artesanal permite a las nuevas generaciones regresar luego del proceso formativo y dedicarse a ello, pues se ha transformado –luego de muchos años de “sacrificio” interno– en una actividad relativamente segura y estable, a pesar de la incertidumbre global que marca a este rubro.

Isla Cheniao y Taucolón (al fondo). Fotografía: Drago Bartulín 2004.

**REFLEXIONES FINALES: ¿POR QUÉ
INSISTIR EN HABITAR LAS ISLAS?**

La historia de estas islas es parte de la memoria colectiva de sus habitantes. Ellos tienen muy claro que sus dinámicas demográficas han sido cambiantes a lo largo del tiempo, a medida que se abren o cierran oportunidades fuera de sus costas:

“Estas islas antes estuvieron desiertas, no hubieron personas. Después llegaron los primeros colonos, y empezaron a ver que había campo, empezaron a traer familia, se empezó a formar una familia. Pero también por esos años -con mucho sacrificio... mucho sacrificio- se fue haciendo patria, como se dice. Entonces de ahí nace la comunidad, de ahí empiezan a crecer los hijos, vienen los nietos, bisnietos y la comunidad se va armando hasta el año sesenta y siete, sesenta y ocho, que en estas islas habían bastantes personas. Después viene la migración hacia los territorios de la Patagonia, a la Argentina, porque todas las personas van en busca de trabajo, mejores sueldos, mejores vidas, y así viene ya después que los jóvenes van saliendo, también en busca de nuevos horizontes, y de esa forma nos estamos quedando despoblados (...). Las personas que yo conozco que han salido de esta isla jamás van a poder volver acá porque no tienen fuente de trabajo para lo que han estudiado. Los profesionales tienen que estar en otro lugar”

(Hombre, isla Nayahué, focus group 2016)

Ellos son conscientes de que la situación actual es el resultado de una apertura selectiva hacia la estructura de oportunidades externa, mediada por la formación superior. Es por ello que no resulta extraño que las importantes inversiones realizadas por el Estado en las islas, para equiparar de alguna forma lo que ocurre en el continente y la Isla Grande, no hayan frenado la migración, y tampoco hayan menguado la insatisfacción que sienten colectivamente sus habitantes. Lo que falta a su saber es “trabajo”, tanto en torno a un salario (y la valoración simbólica que resulta de su obtención y uso), así como actividades que permitan, de forma estable, asegurar un plan de inversión anual familiar que incluya el mantenimiento de la vivienda y la propiedad agrícola, la educación de sus hijos, una alimentación equilibrada entre productos locales (adquiridos a través de la captura, cultivo, crianza o colecta) y aquellos que deben ser comprados en el mercado,

adquirir bienes de consumo en el retail, no endeudarse (hipotecando con ello la propiedad familiar), o al menos tener capacidad de endeudamiento, y finalmente, asegurar la salud de los miembros del grupo familiar, incluyendo a la tercera edad (sin que signifique hipotecar la propiedad y estabilidad familiar).

La situación actual es que se observan islas equipadas (respecto a lo que ocurría en el pasado), pero que no son felices. Esto lleva a reflexionar y problematizar –como sociedad civil y Estado- sobre qué es el bienestar o incluso el buen vivir en las islas, considerando que este último concepto en América Latina ha logrado situarse como un modo de asegurar derechos y garantías sociales, económicas y ambientales basadas en la autonomía, prácticas solidarias y reconocimiento cultural, en un contexto tan agreste como el que observamos aquí (Acosta, 2008 y Escobar, 2014).

Por ejemplo: ¿existe actualmente la posibilidad de elección en las islas respecto a cómo habitarlas?: pareciera ser que no, y si el Estado insiste en limitar la capacidad de albedrío de estos habitantes es evidente que ellos no participarán del futuro de dichos lugares. Posiblemente, tal como aseguran muchas familias isleñas, serán “otros” quienes disfruten de la vida en sus islas, o derechamente, que sus espacios de vida serán islas desiertas.

Es preciso tener en cuenta que se las puede colmar de infraestructura, pero si no se asegura la sustentabilidad de sus habitantes comenzará a surgir un paisaje del que ya podemos dar cuenta: algunas islas ya tienen una costanera asfaltada, un muelle moderno, luz eléctrica y otros servicios... pero es un paisaje silencioso, en el que no se observan personas y no se escuchan las voces infantiles de antaño. Las escuelas han sido refaccionadas y muchas veces están en mejores condiciones que las que existen en el continente y la Isla Grande, pero casi no hay estudiantes a quienes educar, y muy pronto ya no habrá ninguno. ¿Es su aislamiento físico y los costos que ello significa, la razón para que un país fuertemente centralista como Chile las segregue? Si es así, resulta tremendamente cuestionable este motivo. Baste recordar lo que se expresó al principio de este estudio: la región de Los Lagos es, considerando su litoral, tan extenso como Chile continental y gran parte del mar de Drake. ¿Qué ocurriría si se mide el borde costero de

la región de Aysén y Magallanes, más pobladas de islas que este maritimo?: probablemente la cifra sea de carácter continental. Pero la racionalidad que orienta las políticas públicas y la construcción de imaginarios de bienestar está tan impregnada del modelo económico imperante que todo este patrimonio territorial se invisibiliza y anula.

Las islas han cargado con el estigma del aislamiento como una situación negativa, de carencia de participación y oportunidades, desde el arribo europeo. Vivir en aislamiento señala a sus habitantes como afectos de un problema grave, casi sin solución, a menos que huyan desde sus lugares de residencia. La definición de este concepto a nivel institucional remarca esta subvaloración, lo que lleva a su cuestionamiento:

“Aunque no lo explicita, en un plano subyacente esta definición también construye una idea de lo “bueno” y/o “deseable”. Lo “conectado” sería lo positivo, lo que se expresaría en alta accesibilidad, alta densidad poblacional, alta presencia y cobertura de servicios básicos y públicos, que es el sostén de una situación de ventaja y mayor igualdad social. Visto así, lo primero que surge, por contraposición a una localidad aislada, es la imagen de la ciudad: una rutilante metrópoli saturada de oportunidades, bullente y reverberante de progreso, bienestar y mayor equidad”

(Fundación Superación de la Pobreza, 2015: 21)

El hecho de que se estigmatice a las islas bajo esa perspectiva, las señala como lugares a los cuales el Estado debe tratar como un problema y no como una oportunidad. Se trata de un aislamiento subjetivo (Cajardo, 2015), fuertemente discursivo e impuesto desde el exterior, que no permite reflexionar la posibilidad de mirarse en sentido contrario. Se constata, por ejemplo, cómo incluso dentro de las islas se implementan políticas públicas —mediadas por la finalidad de lucro de la empresa privada— que generan micro urbanizaciones con el único fin de hacer más rentable la ejecución de las mismas. Con ello se niega la dispersión del modelo de vida insular y la propia insularidad.

¿Cómo es posible devaluar un modelo de vida que, siendo en apariencia tan sencillo, ha logrado sostener a las familias isleñas durante una prolongada historia de siniestros? Esto incluyendo los últimos eventos Fan y desvinculaciones masivas que caracterizaron al 2016 y que hicieron colapsar a los habitantes costeros de la Isla Grande y el continente.

Si se sopesan los atributos a favor y en contra mencionados en este estudio, se comprende el pesimismo con que muchos isleños e isleñas observan el futuro dentro de sus propios espacios de vida: “Yo pienso que al futuro, por la juventud... pucha, vamos a ser muy raros los que quedemos. Porque la mayoría de los niños salen ahora a estudiar y están emigrando a otros lados. Nos vamos quedando los padres acá (...) y así vamos desapareciendo de las islas” (Hombre, isla Chaulinec, entrevista semi estructurada 2016).

“Ya va quedando muy poca gente joven acá en la isla, en un tiempo más yo creo que la mayor parte va a ser de ancianos”

(Mujer, isla Guar, focus group 2016)

“Yo me imagino una sola escuela en Chelín –porque hay dos ahora-, me imagino una sola escuela en Quehui –porque hay tres ahora- eso en veinte años más va a haber un solo colegio–”

(Mujer joven, isla Chelín, entrevista semiestructurada 2016)

“¡Harto más gente joven había!, porque eran otros tiempos. Después, cuando llegó la educación, los niños empezaron a estudiar, a salir. En la isla ya hay varios con títulos profesionales. (...). La esperanza de estos chiquititos es que ellos van buscando el horizonte, la vida. Hoy día obliga a eso. Ya acá en estas islas no hay ningún futuro que se pueda visualizar a grandes rasgos”

(Hombre, isla Nayahué, focus group 2016)

Este movimiento hacia “fuera”, el irse sin considerar un retorno, obedece a la búsqueda de un imaginario de bienestar que, invariablemente, expone a la ciudad como lugar privilegiado de realización personal: es el lugar donde se materializa el acceso expedito a la estructura de oportunidades público/privada. Se observa que la movilidad que caracterizó a los isleños en el pasado ha sido seriamente restringida por regulaciones estatales, incluso dentro de sus propios espacios de vida (se vive, básicamente, de forma ilegal ante el Estado). La opción más viable para sortear esta asfixia es la profesionalización o cursar estudios técnicos, lo que asegura con mayor probabilidad hacerse de un salario predecible. Pero ello a costa de abandonar la residencia insular.

Pero hay elementos que desafían este problema: la tranquilidad y la seguridad que manifiestan sus habitantes pareciese ser exclusiva a su condición de isla. Quienes han salido se percatan de que este mar interior posee atributos que en el resto del mundo son cada vez más escasos: la convivencia directa con una naturaleza que, afectada brutalmente por décadas de malas prácticas industriales, aún resiste y cicatriza como puede.

Para vivir en una isla, tal como refieren sus habitantes, hay que ser “inteligente” ya que se requiere transformar lo que parece imposible en oportunidades. También, es necesario desarrollar una especial habilidad de administración. No aprovechar este capital familiar y comunitario representa pobreza. Ante ello surge otra pregunta: Las estrategias de intervención social y estrategias productivas que se están aplicando, o se espera aplicar, ¿consideran estas tenencias? En materia educacional: ¿Se educa para producir personas que se adecúen a un mundo globalizado y asalariado, pero sin fomentar una capacidad resiliente y autónoma?, rescatando justamente conocimientos y prácticas que poseen sus propios padres.

Existen un sinnúmero de detalles que son omitidos bajo esta dinámica asistencial e inequitativa con la que el Estado dialoga con las islas. Por ejemplo, pareciera ser que la distancia que aún persiste entre el asistencialismo institucional y estos lugares sustenta la existencia de ejercicios de solidaridad colectivos (razón por la cual probablemente estas comunidades sienten seguridad en sus espacios de vida). Al contrario, cuando se im-

plementan ejercicios oficiales de asistencia los isleños acuden individual o a lo más familiarmente para resolver sus problemáticas manifestando exclusivamente “carencias” (esto es, demostrar que se es indefenso, incapaz de realizarse y menos aún de sostener a una familia). Muchas veces se implementan políticas públicas individuales que resquebrajan el tejido solidario que los isleños insisten en reproducir, por ejemplo, cuando las oportunidades vienen basadas en la competitividad entre pares. De hecho, los habitantes isleños se cuestionan constantemente por qué, si ellos declaran que lo mejor es que los involucren en proyectos cooperativos, las autoridades siempre responden con proyecto individuales, lo que desencadena fricciones en contextos que son tremendamente frágiles ante estos fenómenos: “Les van a dejar alambres, les bonifican ciertas cosas, ¡pero yo encuentro más útil que les bonifiquen un tractor para toda la comunidad, para que la gente trabaje mejor! (Docente, isla Chelín, entrevista semiestructurada 2016).

El hecho de que durante tan largo tiempo el modelo consuetudinario haya equilibrado las actividades productivas con lo festivo y lo cosmogónico tiene relación con la delicada red de relaciones que establecieron sus habitantes. Al lograrlo, también permitió que el habitar tuviese un impacto mínimo sobre el entorno. Por ello resulta cuestionable el hecho de que desde el modelo económico actual se le devalúe aduciendo que no tiene legitimidad, o que es simplemente anacrónico e inadecuado frente a un proyecto de progreso. Tal como se observó previamente, el modelo de desarrollo actual, fuertemente blindado por el Estado y la racionalidad científica, ha generado las mayores crisis socio-ambientales de las que se tenga registro en el mar interior. No se trata de una coincidencia, sino de la constatación de que se hace necesario validar, más que nunca, otros modos de existir, apelando a un patrimonio vivo que aún persiste.

Muchos pescadores isleños refieren que no ven con buenos ojos las áreas de manejo como una opción pues advierten de la alta competitividad y agresividad que adquieren sus pares. Miran, con curiosidad, algunos ejemplos singulares y aún desconocidos masivamente como los Ecmpo, cuyo propósito no es exclusivamente comercial ya que incluye usos culturales, recreativos y festivos. El problema es que hoy en día sólo pueden ser soli-

citados por organizaciones de Pueblos Originarios inscritas y reconocidas por el Estado. Surgen potencialmente otras formas aún más provocativas, como las Ticca. A pesar de la desconfianza que se observa sobre ellas es muy probable que precisamente las islas menores, las más olvidadas, sean quienes puedan aprovechar más que nadie estas oportunidades.

También son conscientes de la capacidad de recuperación que demuestra el mar interior a pesar del alto grado de eutrofización que lo afecta y de las malas prácticas que allí se aplican:

“La navajuela se había perdido hace años, hace tiempo que no había, pero de repente -hace dos o tres años atrás- llegó la navajuela nuevamente, así que hubo harta navajuela. Llegaron los buzos, la sacaron, pero ahora se está recuperando nuevamente: ¡si uno va a mariscar va a encontrar pura navajuelita!”

(Hombre, isla Huapi Abtao, focus group 2016)

Y enfatizan:

“De los vivientes de la isla, nadie ha venido a decir -¿sabe que aquí usted no puede mariscar porque yo lo tengo solicitado?-. ¡No pos!, que sea para todos, porque todos somos de un solo sector (...) lo que siempre hemos querido es que en la isla no sea dueño nadie, que sea siempre para los lugareños que trabajan en su borde costero”

(Hombre, isla Huapi Abtao, focus group 2016)

Las islas requieren políticas y estrategias colectivas, basadas en la recreación y valoración de sus tenencias. Con ello, es probable que el imaginario de bienestar que ha favorecido la fuga hacia las ciudades se revierta, al menos en parte. Que las experiencias de vida “sacrificadas” sean puestas en el mismo lugar que la formación técnico/profesional, sobre todo si se considera que no existe una escuela, ni instituto ni universidad que forme a carpinteros de ribera, ni le asegure a un estudiante que será capaz de vivir, y sostener a una familia, con los mínimos elementos posibles.

Bibliografía

Acosta, A. 2008. El Buen Vivir, una oportunidad por construir. Ecuador debate, 75(1), 33-48.

Álvarez, R. y Ther, F. 2016 (a). Fragmentos de una cosmovisión mestiza asociada al acceso y uso del entorno costero en el mar interior de Chiloé. Diálogo Andino, N°49, Pp. 123-129.

Álvarez, R. y Ther, F. 2016 (b). Los tiempos del mar interior (Pp. 306-319). En Chiloé, Banco Santander y Museo de Arte Precolombino.

Aylwin, J., y Arce, L. 2012. Análisis de derecho internacional, legislación nacional, fallos, e instituciones al interrelacionarse con territorios y áreas de conservación de los pueblos indígenas y comunidades locales. Reporte N°9. Natural Justice en Bangalore y Kalpavriksh en Pune y Delhi.

Badilla, M. 2006. Archipiélago de las Chauques. Representación social de la calidad de vida en una comunidad rural insular. Tesis para optar al grado de psicóloga, Universidad de Chile, facultad de Filosofía y Humanidades, Santiago.

Calderón, M. y Morales, C. 2016. Etnografía del mercado de algas en Chile: transformaciones económicas y discursos en isla Apiao, Chiloé. Alteridades N° 26 (51), Pp. 109-122.

Canclini, C. 2007. ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad? Revista EURE (Vol. XXXIII, N° 99), pp. 89-99. Santiago de Chile

Comisión Nacional de Energía (CNE), PNUD. 2004. Encuesta de suministro eléctrico islas del mar interior de Chiloé.

Escobar, A. 2014. Sentipensar con la tierra. Universidad Autónoma Latinoamericana, Colombia.

Escuela de arquitectura UCV, 1971. Maritorios de los Archipiélagos de la Patagonia Occidental. Fundamentos de la Escuela de Arquitectura, Universidad Católica de Valparaíso. Impreso en los Talleres del Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas, Santiago, Chile.

Filgueira, C. 2001. Estructura de oportunidades y vulnerabilidad social: aproximaciones conceptuales recientes. Seminario Internacional: Las Diferentes Expresiones de la Vulnerabilidad Social. Santiago de Chile, Vol. 20, Pp.21.

Ford, M. 2016. El ascenso de los robots. Ed. Paidós, España.

Fundación Superación Pobreza (FSP), 2010. Voces de la pobreza. Significados, representaciones y sentir de personas en situación de pobreza a lo largo de Chile. Santiago, Chile.

Fundación Superación Pobreza (FSP), 2015. Voces desde las pequeñas localidades. Entre la agonía y la oportunidad de nacer. Estudio Regional Arica.

Fundación Superación Pobreza (FSP), 2016. Levantamiento de aprendizajes Los Lagos: Cochamó 1998-2007. Puerto Montt, Chile.

Gajardo, P. 2015. Construcción de género en la ruralidad insular de isla Alao. Iberoamérica social, N° IV, España.

Hidalgo, C., Ther, F., Saavedra, G. y Díaz, A., 2015. Affordance of landscapes and economic socio-spatial networks in the Quinchao archipelago, Chile: a contribution to landscape research and island studies. Island Studies Journal, Vol. 10, No. 1, Pp. 49-70.

Hucke-Gaete, R., Lomoro, P. y Ruiz, J. 2010. Conservando el mar de Chiloé, Palena y Las Guaitecas. Imprenta América.

Kaztman, R. 1999. Marco conceptual sobre activos, vulnerabilidad y estructura de oportunidades. CEPAL, Proyecto URU/97/017 Apoyo a la implementación del Programa de Acción de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social. Montevideo, Uruguay.

Kaztman, R., y Filgueira, C. 1999. Marco conceptual sobre activos, vulnerabilidad y estructura de oportunidades. Documento preparado por la Oficina de CEPAL en Montevideo, con el apoyo financiero del PNUD, en el marco del Proyecto URU/97/017 Apoyo a la implementación del Programa de Acción de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Latour, B. 1999. La esperanza de pandora, Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia. Editorial Gedisa, S. A., España.

Licha, I.; Molina, C.; de Ochoa, M.; Zepeda, E.; McKinley, T.; Alarcón, D.; Canudas, R.; Fleury, S.; Kaztman, R.; Lorenzelli, M.; Cáliz, A.; Moreno, M.; Andrenacci, L.; Harbitz, M. 2005. Inclusión social: Una perspectiva para la reducción de la pobreza. Instituto Interamericano para el Desarrollo Social (INDES), Honduras.

Mansilla, S. 2007. Los Territorios Abandonados. Una Reflexión sobre las Identidades Fantasma (A Propósito del Despoblamiento de algunas Islas del Archipiélago de Quinchao). VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia

Max-Neef, M., Elizalde, A. y Hopenhayn, M. 1993. Desarrollo a escala humana, conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones. Ed. Nordan-comunidad, Uruguay.

Montiel, F. 2010. Chiloé, historia de viajeros. Master Print Ltda.

Ortiz, V. 2013. Variación geográfica del costo de vida, y su impacto en pobreza en áreas extremas. El caso de la cuenca del río Aysén, región de Aysén. Tesis para optar al grado de geógrafa, Universidad de Chile.

Rodríguez, D. 2013. Trabajo y participación social en comunidades costeras. El caso de mujeres recolectoras de algas en la comuna de Los Muermos, región de Los Lagos de Chile. Tesis para optar al grado de Magíster en Ciencias Sociales. Universidad de Los Lagos, Osorno.

Salazar, G. 2015. Labradores, peones y proletarios. Lom ediciones.

Secretaría Técnica de Borde Costero 2008. Diagnóstico ocupacional del borde costero región de Los Lagos. Gobierno Regional de Los Lagos.

Skewes, J. C., Álvarez, R., & Navarro, M. 2012. Usos consuetudinarios, conflictos actuales y conservación en el borde costero de Chiloé insular. *Magallania* (Punta Arenas), 40(1), 109-125.

Terram, 2005. En la ruta del trabajo decente: análisis de los sectores salmonicultura, call center y agroexportación. Registro de Problemas Públicos Informe N°20.

Urbina, R. 1983. La periferia meridional indiana, Chiloé en el siglo XVIII. Ediciones universitarias de Valparaíso.

Urbina, R. 1988. Chiloé foco de emigraciones. Chiloé y su influjo en la XI Región, Instituto de Investigaciones del patrimonio territorial de Chile, II Jornadas territoriales, Colección Terra Nostra N°12 (31-46).

Urbina, X. 2009. La frontera de arriba en Chile colonial. Ediciones universitarias de Valparaíso.

Villarroel, V. 2010. Caracterización de la nueva ruralidad en la comuna de Quellón: Desarrollo rural y pobreza. Tesis País, Fundación para la superación de la pobreza.

Yáñez, C. y Fischmann, F. 2016. Tradiciones locales en contexto neoliberal: La fiesta del mar en la isla Quehui, Chiloé. *Epoca III*, Vol XXII, N°43.

Anexos

El apartado “Anexos” no forma parte de este documento de difusión, pero puede ser solicitado escribiendo al siguiente correo electrónico: ricardo.alvarez@superacionpobreza.cl; llamando al número telefónico 65-2311327; o visitándonos directamente en nuestra Oficina Regional, ubicada en calle Ejército, N°550, departamento 202, Puerto Montt.

SOMOS una institución privada, sin fines de lucro y con intereses públicos, cuyos orígenes se remontan a 1994.

CRREEMOS que superar la pobreza que experimentan millones de chilenos y chilenas en nuestro país es un desafío de equidad, integración y justicia social.

CONTRIBUIAMOS a la superación de la pobreza promoviendo mayores grados de equidad e integración social en el país, que aseguren el desarrollo humano sustentable de las personas que hoy viven en situación de pobreza.

DESARROLLAMOS nuestro quehacer en dos líneas de trabajo: por una parte, desarrollamos intervenciones sociales a través de nuestro programa SERVICIO PAÍS, que pone a prueba modelos innovadores y replicables para resolver problemáticas específicas de pobreza y, por otra, elaboramos propuestas para el perfeccionamiento de las políticas públicas orientadas a la superación de este problema, tanto a nivel nacional como local. Así desde nuestros orígenes hemos buscado complementar, desde la sociedad civil, la labor de las políticas sociales impulsadas por el Estado de Chile.

Desde nuestros inicios trabajamos en alianza con el Estado de Chile y municipios de las 15 regiones del país. Contamos con financiamiento de entidades privadas y fondos públicos provenientes de los ministerios de Desarrollo Social, Vivienda y Urbanismo, Educación y del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

www.superacionpobreza.cl

www.serviciopais.cl



[/fundacionsuperacionpobreza](https://www.facebook.com/fundacionsuperacionpobreza)



[@serviciopais](https://twitter.com/serviciopais)

[@superarpobreza](https://twitter.com/superarpobreza)

Con el apoyo de:

